

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, AGOSTO 19 DE 1933 — No. 2

Auténtico Relato de Robert Blake

SUS ULTIMAS DIECIOCHO HORAS

Robert Blake, autor de "Sus últimas dieciocho horas", fué ejecutado en Huntsville, en abril de 1929. Era un hombre joven, de considerable inteligencia, y durante sus meses de permanencia en el Pabellón de la Muerte, se dedicó por entero a escribir. "Sus últimas dieciocho horas" es una tentativa para asentar, todo lo literalmente posible, las conversaciones mantenidas con sus compañeros de infortunio, condenados como él a la pena capital, el día que uno de ellos debía perecer. Tomó notas cuidadosamente, y completó su obra al siguiente día. Luego hizo entrega de ella al reverendo J. D. Moss, pastor de una de las iglesias de Huntsville, que recibió instrucciones para hacerla publicar. Blake fué ejecutado una semana después. Fué condenado por robo y asesinato. Hasta su último instante, Blake sostuvo que el asesinato fué perpetrado por otro hombre, y que él, en esos momentos bajo la influencia de estupefacientes, no se daba cuenta de lo que pasaba. *(En la página siguiente, el texto completo)*

★ SUS ULTIMAS DIECIOCHO HORAS ★

LUGAR

El Pabellón de la Muerte de la Penitenciaría Estadual de Tejas, situada en Huntsville.

TIEMPO

Día y noche de abril de 1929. El diálogo se inicia dieciocho horas antes de la señalada para la ejecución.

PERSONAJES

Número Uno: un mejicano condenado a muerte.
Número Dos: un hombre blanco condenado a muerte.
Número Cinco: un hombre blanco condenado a muerte.
Número Seis: un hombre blanco condenado a morir hoy a medianoche.
Número Siete: un hombre blanco condenado a muerte.
Número Nueve: un hombre blanco condenado a muerte, pero cuya ejecución se evita debido a que se ha vuelto loco.
Empleados de la prisión, carceleros, un sacerdote, capellanes protestantes, repórteres de la prensa, etc.

Existen nueve celdas en el corredor de los condenados a muerte, pero solamente seis están ocupadas. Han sido construídas en forma que ninguno de los condenados puede ver a otro, pero cada uno de ellos puede oír lo que cualquiera de los otros dice. Existe un corredor al frente de las celdas, y en uno de los extremos de éste hay una puerta verde, detrás de la cual se encuentra la cámara de la ejecución.

EL SEIS. — Bueno, muchachos, éste es mi último día.
EL DOS. — No; me parece que usted se va a quedar.
EL CINCO. — Sí; usted se quedará. Nadie ha ido nunca allí sin un día de estada, por lo menos. ¿Por qué va a ser usted la excepción?
EL SEIS. — Es verdad, pero no lo espero, por que sino me lo hubieran dado cuando se lo dieron al Dos.
EL CINCO. — Se producirá a último minuto. El gobernador se ha negado a conmutar su sentencia, pero designaría una comisión de médicos para que investigue su estado, si el cura le telegrafía.
EL DOS. — ¿A qué hora viene el cura?
EL UNO. — ¡Oh! Viene cuando le escriben o cuando le piden que venga.
EL NUEVE (con voz muy alta y como mugiendo, estúpidamente). — ¡Jo...nes!
EL SEIS (de buen humor). — ¡Creo que sería mejor que empezara a gritar Jones!
EL SIETE. — Demasiado tarde. Debió hacerlo hace ya mucho tiempo.
EL DOS. — ¡Aquí viene el desayuno!
EL SEIS. — Ojalá sea bueno. Será el último que coma, creo.
EL UNO (el mejicano). — ¡Oh! Usted no sabe. Me parece que usted se va a quedar aquí
EL DOS. — Aquí llega la correspondencia.
VOCES DESDE AFUERA. — Entregue estos cigarros al seis.
EL CARCELERO. — Estos son unos cigarros para usted.
EL SEIS. — ¿Quién los manda?
EL CARCELERO. — Uno de los carceleros.
EL SEIS. — ¡Infierno! ¡Esto es más de lo que nunca podré fumar!...
EL UNO. — Mándemelos a mí!
EL SEIS. — ¡Oh, vaya al infierno! Voy a pedirle que Vd. me tenga la mano esta noche o se siente en mis faldas.
EL UNO. — ¡Maldición, sí quiero!
EL SEIS. — Seguramente que quiere y lo llevaré al infierno conmigo.
EL UNO. — ¡Cállese!
EL NUEVE (con un horrible alarido). — ¡Jo...nes! ¡Jo...nes! ¡Joooones!...
EL SIETE (desatándose en verso). —

El Pabellón de la Muerte
es adonde van y vienen,
se detienen breve tiempo
antes de ser llevados a la silla eléctrica
acusados de cuaquier crimen.

EL UNO. — ¡Cállese usted!...
EL SEIS. — ¡Olvide eso!
EL SIETE (persistiendo). —

Los he visto venir; los he visto partir;
he oído leerles la sentencia mortal,
y cuando he visto palidecer las luces brillantes...
¡en la silla eléctrica otra alma ha sido muerta!

EL SEIS. — ¡Por amor a Cristo, siete, tenga corazón!
EL SIETE. —

Cuando percibo el rumor solitario del motor
que envía su alto voltaje para vuestra muerte,
tengo una triste sensación inexpicable
que recorre mi pecho.
¿Cuáles son vuestros sentimientos
cuando vuestra cabeza ha sido afeitada
y estáis ataviados para la muerte?...

EL SEIS. — Voy a volver aquí para perseguirlo en forma de fantasma, si no se calla.
EL SIETE (poeta y orgulloso de serlo, se niega a dejarse intimidar con fantasmas).

Cuando vuestro tiempo se acerca... menos de una hora...
Y se tiene el castigo de esperar un ratito más.

EL SEIS. — Ahora está hablando cuerdamente.
EL SIETE. —

¡Por qué estiran una gorra negra sobre vuestra cara,
y os la dejan puesta hasta que estáis muertos?
Debido al alto voltaje de la electricidad
saltarían vuestros ojos de las pupilas!

Cuando hablo del expreso de medianoche,
tal vez no comprendáis lo que digo:
¡es la horrible silla eléctrica de la injusticia,
que quema la sangre de la carne humana!

Pero el trayecto del expreso de medianoche
no es un trayecto largo:
sólo las ganas de viajar hasta el cielo,
donde oiréis el más dulce de los cantos.

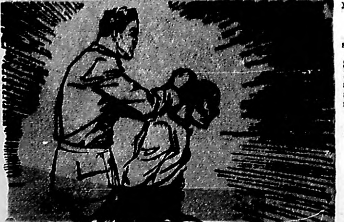
Pero los trenes corren en dos direcciones.
Uno corre hacia el cielo y el otro hacia el infierno.
Y cuando subís al expreso de medianoche,
es difícil saber qué tren os arrebata.

Cuando los carceleros afirman los tornillos en el cráneo
que sujeta el casco de cobre a vuestra cabeza
y mueven la palanca de la injusticia...
¡En un minuto quedáis muertos!

EL NUEVE. — ¡Jo...nes!
EL CARCELERO (murmurando). — Aquí está el diario. Lea esto y no diga nada al seis.
EL DOS. — Muy bien. — Lee:
"Se ha negado clemencia; el asesino morirá mañana; no intervendrá el gobernador. El gobernador se negará a atender cualquier pedido de clemencia a favor de Jack Henderson, condenado a ser electrocutado por el asesinato de una niña de doce años de edad..."
(La puerta que conduce a la Cámara de la Muerte empieza a crujir. El motor deja sentir su rumor. Las luces palidecen).
EL UNO. — ¡Eh, eh! Están probando el tren especial de medianoche para el seis.
EL DOS. — Esto me da escalofríos en el espinazo.
EL NUEVE. — ¡Jo...nes! ¡O...h!
EL SIETE. —

¡Y cuando veo palidecer las luces brillantes,
en la silla eléctrica otra alma ha sido muerta!
¡Vean cómo palidecen esas luces!

EL SEIS. — ¡Oh, Dios!
EL CINCO. — Se divierten como pueden. Se divertirán todo el día, mientras no haya pasado el momento.



EL SEIS. — ¡Digan! ¡Monos del infierno! ¡Que el infierno los acabe! Esto me está mareando.
EL DOS. — Yo no doy más. En cualquier otro lugar estaría mejor.
EL UNO. — ¡Yo también!
EL SEIS. — Siento una cosa rara en el estómago. Como si ardiera...
EL CINCO. — Eso no es nada todavía. Ya verá cuando lo aten.
EL NUEVE. — ¡Jo...nes!
EL DOS. — Muchachos, esto no es un chiste: me gustaría estar en cualquier otra parte.
EL CINCO. — Usted estaría en otra parte si no tuviera que estar aquí.
EL DOS. — ¿A mí me lo dice? Pero, para decir la verdad, me revienta encontrarme aquí, mientras un hombre va a ser electrocutado.
EL CINCO. — ¡Bah! Usted se acostumbrará antes de mucho. Esté seguro que tendrá unos días más de estada, y verá irse a algunos compañeros. No podemos evitarnos esto. Por más protestas que queramos armar, no impediremos nada.
EL SEIS. — ¡Que se haga oír ese fonógrafo!
(Se turna la guardia de carceleros. Se sirve el almuerzo. Al seis le quedan menos de doce horas).
EL SIETE. — ¿Qué les dijo que deseaba para la cena, compañero seis?
EL SEIS. — Les pedí costillas de cerdo con papas fritas, dulce, pan, manteca y un poco de leche. ¿Por qué?
EL SIETE. — Eso es mucho.
EL UNO. — Usted va a hacer un viaje muy largo.
EL SEIS. — Sí; me parece que voy a sentir hambre antes de llegar al infierno.
EL DOS. — Lo que es a mí, cuando me toque de turno, no estaré para bifes.
EL SEIS. — Usted está loco. Tuve la oportunidad de hartarme a mis anchas. Debí pedirles un pollo y todos los adornos.
EL CINCO. — Tienen que darle todo lo que pida para comer. (Solemnemente). Cualquier pedido razonable que enuncie no le será negado.
EL SEIS. — Uno: usted tiene razón. Esa silla le revuelve las tripas a uno.
EL UNO. — Sí, por Dios! ¡Ya lo sé!
EL SEIS. — Ese repórter quiere que yo le refiera esta noche todo el asunto. Es una idea loca que se les ha metido en la cabeza. Eso me serviría para maldita la cosa. No les diré ni una palabra. Nadie necesita saberlo.
EL UNO. — Diga, seis, usted debe hacer que allí no esté presente nadie, fuera de los representantes del Estado. Yo no los dejaría, si estuviera en su lugar.
EL SEIS. — Me importa poco quien lo vea.
EL UNO. — Yo no dejaría que estuviera presente ningún negro.
EL NUEVE. — ¡Jo...nes! ¡Jooooones!
EL SEIS. — ¿Alguien quiere este calzado? ¿Quiere alguien este par de medias? ¿A quién le entregaré este dinero? ¡Digan algo, tipos del demonio!
EL UNO. — Mándeme ese dinero.
EL SEIS. — Se lo mandaré antes de que me cuelguen. Recuerdo que usted me mandó todo lo que tenía: dinero y lo demás, cuando estuvo listo para ir a la silla, antes de que el gobernador le diera un resuello, y tuvo que devolverle todo. Creo que cumplí bien.
EL UNO. — ¡Oh! Yo le enviaría todas las cosas mañana!
EL SEIS. — Dos: ¿quiere usted estos cigarrillos?
EL DOS. — Guárdelos, seis, y los podré fumar mañana.
EL SEIS. — ¡Tengo esa esperanza!
EL DOS. — El gobernador le acordará alguna estada más; tengo la seguridad.
EL SEIS. — Quizá. Voy a hacer que el cura le telegrafíe, conforme llegue.
(Las catorce horas. Las quince horas. Un silencio ominoso reina en el corredor de la muerte. Las llaves hacen ruido en la puerta. ¿Un permiso de estada? No; el capellán).
EL SEIS. — ¿Quién es?
EL DOS. — El capellán y un carcelero.
EL CAPELLAN. — Buenas tardes, muchachos. ¿Cómo están hoy?
(El capellán permanece frente a la celda ocupada por el seis y le lee un capítulo de la Biblia; luego reza. El carcelero ríe y bromea con el uno).
EL SEIS. — He pedido que viniera el cura.
EL CAPELLAN. — Probablemente llegará en seguida. No le he visto, pero he oído decir que está por llegar.
EL SEIS. — Bien; yo quiero verlo.
(Salen el capellán y el carcelero).
EL SEIS. — ¿Oyeron a ese carcelero de porquería, riéndose cuando el capellán rezaba?
EL CINCO. — Está borracho. No se fije en eso.
EL NUEVE. — ¡Jo...nes! ¡Jooooones!
EL DOS. — Seis: aquí viene el secretario del director con un telegrama. Quizás es la postergación.
(El secretario del director envía el despacho al seis por intermedio del carcelero de guardia en el corredor).
EL SEIS. — Dígale que he dicho que no.
EL CARCELERO. — Muy bien.
EL SEIS. — El telegrama es de un maldito sheriff, que quiere saber si él y un cierto juez de paz que piensan asistir a mi electrocución, pueden contar con mi permiso. Si depende de mí, no dejaré que la presencie nadie, hasta donde me lo permita el Estado.
EL CINCO. — ¡No los deje entrar!
EL SEIS. — Usted me oyó decirle que no.
EL CINCO. — ¿A qué repórteres les va a permitir la entrada?
EL SEIS. — No sé.
EL CINCO. — Deje que entren los muchachos del "Press" y del "Chronicle", si vienen.
EL SEIS. — Sí, son buenos muchachos, creo
EL CINCO. — Nos han tratado bien.
EL SEIS. — Usted sabe, ellos me lo explicaron todo en el despacho del director. Me dijeron que habrá cinco testigos por el Estado y la penitenciaría, y que yo podía hacer presenciar el acto por otros cinco que yo quisiera, pero si yo no deseaba la presencia de ningún otro, yo puedo hacer alejar a cualquiera que no lo exija el Estado.
(16 horas. Llega el cura).
EL CURA. — ¿Cómo están, muchachos?
(El cura trae a su lado el carcelero con las llaves y penetra en la celda del seis, administrando a éste los ritos de la Iglesia Católica. El carcelero es relevado y se sirve la cena).
VOCES DE AFUERA. — ¡Jefe!
EL CARCELERO. — ¡Sí, aquí!
VOCES DE AFUERA. — Necesitamos las medidas para acondicionarlo al Seis.
EL CARCELERO. — ¡Ah! Pesa unas ciento cuarenta libras, y tendrá seis pies de estatura.
EL CURA. — Bien, muchacho. ¿Cómo se siente?
EL DOS. — Muy bien, gracias.
EL CURA. — Yo he salvado su alma. No era posible salvar su vida o su cuerpo, debido a que el gobernador se negó a mostrarse clemente con él. Vendré esta noche a administrarle la Santa Comunión. Me quedaré a su lado hasta el último instante. Eso calmará sus nervios, y un hombre necesita a alguien. Siempre acompaño hasta la silla al hombre que preparo para la muerte y a quien administro los ritos. Eso lo mantiene firme y los carceleros no tienen que sostenerlo.
EL DOS. — Eso está bien.
EL CURA. — Esta noche volveré a conversar con ustedes. Ahora voy a cenar. Volveré.
EL UNO. — "¿Qué dice?", Seis?
EL SEIS. — "¡Nada, señor, nada!" — (Responde en español).
EL NUEVE. — ¡Jo... nes!
(Las 18 horas. Llegan los carceleros con el barbero y los aparejos para la silla eléctrica. Afeitan al Seis. Está fuera de su celda, en el corredor).
EL SEIS. — Aquí hay unas naranjas que no podré llevar conmigo.
EL DOS. — Gracias, Seis. Diga, Seis...
EL SEIS. — ¿Qué dice?
EL DOS. — Que se quede con ellas, compañero.
EL SEIS. — Eso quisiera. Lo espero el quince en el infierno.
EL DOS. — ¡Olvide eso!
(Ahora le afeitan la cabeza al Seis).
EL SEIS. — Haga sonar ese fonógrafo suyo.
EL DOS. — ¿Qué quiere oír?
EL SEIS. — Cualquier cosa, con tal de que sea música. Ah, me están sujetando. Si algo no sucede muy pronto, pierdo las esperanzas.
(El reloj anuncia las 17 horas).
EL SEIS. — ¿Qué es esto? ¿Las diecisiete?
EL CARCELERO. — Sí.
EL SEIS. — ¡Buuuu! ¡Mis horas son cortas! ¿Por qué demonios no hace sonar el fonógrafo, Dos?
EL NUEVE. — ¡Jo... nes!
(El Seis ha sido lavado y le han puesto los aparejos para sentarlo, en la silla eléctrica. Un carcelero le corta una parte de los pantalones, desde la rodilla para abajo. Le están afeitando la pierna. Hay siete carceleros en el corredor).
EL SEIS. — Uno, van a preparar esa silla para que usted la ocupe después.
EL UNO. — ¡Deje de canturrear esos "blues", Seis!
EL SEIS. — Lo espero en el infierno, Uno.
(El Seis ha sido llevado a una celda desocupada. Nada de mueblea. No hay más que dos frazadas para sentarse. Se han ido todos los carceleros, menos uno).
EL SEIS. — Me siento mal del estómago.
EL DOS. — Le mandaré una de esas naranjas para que la chupe.
EL SEIS. — No es eso, muchachos. Es que me revienta ir allí. Me parece que nunca he odiado nada como esto. Odio la idea de dejarlos, muchachos.
EL SIETE. — Esta vida no sirve para nada, compañero viejo. Tengamos la esperanza, por lo menos, de que Vd. va a arribar a un mundo mejor. Tal vez haya un lugar mejor, en alguna parte.
(El carcelero se sopla las narices y se restrega los ojos con el pañuelo. Hay lágrimas en sus ojos. Debe ser humano, después de todo).
EL SEIS. — Muchachos, yo ya estoy en las últimas. Me he mantenido bastante firme hasta ahora, pero se me acaba la cuerda.
EL SIETE. — ¡Sea firme, Seis!
EL NUEVO. — ¡Jo... nes!
EL SEIS. — Bien, manténganse firmes conmigo, muchachos. Alzaré un castillo en el aire o cualquier otra cosa, para no pensar en la silla. Armemos esa vieja revolución, Uno.
EL UNO. — Déjenme solo, muchachos. Estoy rezando por el Seis.
EL SEIS. — Manténgase en esa obra de bien, Uno. No me vendría mal un trago de whisky.
CARCELERO. — Muchachos, nunca me encontré en un caso así. Me conmueve.
EL NUEVE. — Jo... nes!
(Llegan cuatro carceleros y el ayudante del director. El ayudante del director le lee la sentencia de muerte).
EL AYUDANTE DEL DIRECTOR. — Ahora, Seis, puede decirme cualquier cosa que quiera. Su madre me ha pedido que reciba sus últimas palabras para ella.
EL SEIS. — Se las daré al cura.
EL AYUDANTE DEL DIRECTOR. — ¿Quiere algo que yo podría satisfacer? Haré todo lo posible por satisfacerlo.
EL SEIS. — No, creo que no. Pediré un poco de café de aquí un rato. ¿Me lo mandarán?
EL AYUDANTE DEL DIRECTOR. — Yo me encargo de que le llegue. ¿No quiere nada más?
EL SEIS. — No, gracias.
EL NUEVE. — ¡Jo... nes!
EL AYUDANTE DEL DIRECTOR. — Bien, ahora nos vamos; si ese café no llega en seguida, hágame llamar, que yo haré que se lo traigan en el acto.
(El ayudante del director y los cuatro carceleros salen)
EL NUEVE. — ¡Jo... nes!
(Un carcelero y un condenado llegan con una jarra de café. El condenado sirve la infusión a todos los presos).
EL SEIS. — Dos, usted tiene suerte. Ha obtenido esa estada aquí de treinta y cinco días, compañero. Yo quisiera una estada de un día más. De todos modos, creo que usted me pasaría uno de los días que tiene.
EL DOS. — Claro que sí, pero no sé cómo probárselo; yo sé que usted no me creerá, pero, de cualquier manera, lo haría. Ojalá eso fuera posible. Me desconsuela verlo marcharse, Seis. Le daría la mitad de mis días.
EL SEIS. — Ojalá pudiera usted dármelos.
EL CONDENADO. — Se los daría, estoy seguro.
EL CARCELERO. — Lo creo.
(El carcelero y el condenado abandonan el corredor con la jarra de café. Otro carcelero y un enfermero penetran con una botella de alcohol y sacan al número Seis de su celda. Le sujetan los brazos a los lados del sillón de afeitar. El enfermero lava la cabeza y las piernas del Seis con alcohol).
EL SEIS. — ¡Muchacho, juuu! Me gustaría un trago de esto.
EL ENFERMERO. — Es alcohol desnaturalizado, Seis.
EL CARCELERO. — Bien ¿qué le parece esto, muchacho?
EL DOS. — Quizás se le conceda una estada aquí de un poco más de tiempo.
EL CARCELERO. — No, no creo. Apostaría dinero a que no se lo conceden.
EL ENFERMERO. — Yo creo que le concederán una prórroga. El cura está trabajando, y ha telegrafiado al gobernador.
(El carcelero y el enfermero salen y entra el cura).
EL NUEVE. — ¡Jo... nes! ¡Jo... nes!
(El cura hace entrar en la celda del Seis una mesita, una vela y un crucifijo. Sale para volver a entrar con una maleta).
EL SEIS. — Enciéndame un cigarrillo, Dos. Temo que mi cabeza se encienda con todo el alcohol que tiene, si le acercan un fósforo.
EL DOS. — Claro.
(Sale el cura de la celda y habla al Uno en español).
EL SIETE. — Bien, Seis, parece que se va usted. Me horroriza la idea de verlo partir, pero debe haber también alguna perspectiva para usted. Debe ser mejor que esta vida, o no valdría mucho. No creo que ninguno de nosotros pierde gran cosa cuando camina hacia la silla, porque, seguramente, hay un Cielo y todos tienen ocasión de quedar bien con Dios.
EL SEIS. — Bueno, espero que haya otro lugar. Tal vez no tenga que irme esta misma noche.
(Entran un hombre y una mujer, ambos religiosos, acompañados de un carcelero).
LA RELIGIOSA. — ¡Oh, estoy contenta de que usted esté preparado.
EL SEIS. — Estoy contento de no dejar mujer e hijos. Me alegro de no haberme casado nunca.
EL RELIGIOSO.—Sí; esto se sobrelleva mejor cuando a nadie concierne si a uno lo queman.
EL NUEVE. — ¡Jo... nes!
LA RELIGIOSA. — ¿Qué es esto?
EL SEIS. — Es un loco que han devuelto aquí. Es inofensivo. No les puede hacer nada. Bien, me duele dejar a mi madre. Esto la hará sufrir, yo lo sé.
LA RELIGIOSA. — A ella le será un alivio saber, cuando todo haya pasado, que usted quedó muy bien con Dios.
(Salen los religiosos).
EL SEIS. — Enciéndame un cigarrillo, Dos.
(Tres periodistas entran acompañados de un carcelero y el Seis les refiere su crimen. Salen los repórters y el Seis pide más café).
EL DOS. — Quisiera saber qué hora es, Uno.
EL UNO. — Deben ser las veintidós y media.
EL SEIS. — Digan, muchachos, ¿no sería emocionante que me concedieran un permiso de estada de treinta días? Ahora tengo más esperanzas que hace dos horas. Entonces me sentía muy abatido. El secretario del director me mandó decir que estará pegado al teléfono.
EL DOS. — Sí, le concederán un permiso.

Robert Blake

EL SEIS. — Todavía tengo esperanzas.
(El reloj con sus campanas recuerda que son las veintitrés horas).
EL SEIS. — Esas campanadas del reloj ya me están dando rabia.
EL CURA. — ¿Cuándo nació usted y otras cosas así?
(El Seis le refiere su historia desde su nacimiento).
EL SEIS. — Telegrafiaría a mi madre si tuviera dinero para hacerlo, pero ya se lo entregué todo al Uno.
EL UNO. — Aquí tiene algo.
EL DOS. — Yo lo pagaré, Seis.
EL CURA. — No, muchachos. Ustedes guárdense su plata. Yo mandaré el telegrama. ¿Qué quiere que se le diga?
EL SEIS. — Dígale que estoy riendo y bromeando, y pensando en ella. Dígale que me mantengo firme y que mis pensamientos están con ella.
EL CURA. — Lo haré así, tenga la seguridad.
EL SEIS. — ¿Quiere usted estas pantuflas, Dos?
EL DOS. — No, gracias. Tengo un par.
EL SEIS. — Deme un poco más de café, jefe, si es que queda Enciéndame un cigarrillo, Dos.
EL NUEVE. — ¡Jo... nes!
(Sale el cura y se turnan los carceleros a las veintitrés y treinta minutos).
EL SEIS (Cantando). — Una pequeña luz blanca me llevará a mi cielo azul. Un rostro sonriente, una estufa encendida, una habitación preciosa... (Se detiene de golpe).
EL SIETE. — ¡Firme en esa conducta, Seis! Es posible que el gobernador todavía le conceda una prórroga. Quizá lo hagan atar para asustarlo un poco. Usted sabe, la legislatura está en sesión, y él no se acostará antes de medianoche. Quizá telegrafíe o telefonee de aquí un minuto.
EL SEIS. — El cura le ha telegrafiado y quizá consiga algo. Si no obtengo esa prórroga trataré de dejar un ejemplo para los hombres blancos que están aquí. Dicen que aquí no ha muerto un hombre blanco sin aflojar. Les voy a demostrar que yo puedo ser una excepción. ¡Yo puedo, sí, yo puedo portarme muy bien!
EL SIETE. — ¡Odio la idea de verlo irse! Pero de cualquier manera es mejor enfrentarlo todo como un hombre. ¡No mostrarse débil!
EL SEIS. — Odio la idea de irme.
EL CINCO. — Si consigue esa prórroga, puede todavía salvarse. Usted no será quemado, si la legislatura aprueba una ley aboliendo la pena capital. Habrá, seguramente, un artículo conmutando todas las sentencias por la de prisión a perpetuidad. Simplemente una prórroga y no lo queman.
EL DOS. — ¡Aquí están las llaves!
EL SEIS. — ¿Quién es?
EL DOS. — El cura.
(El cura penetra en la celda del Seis y le administra la Santa Comunión).
EL SEIS. — Odio la idea de partir, pero parece que ya todo está listo.
EL SIETE. — No pierda la última esperanza.
EL SEIS. — Yo todavía tengo esperanzas, pero las veo esfumarse.
(Los capellanes protestantes, uno blanco y otro de color, entran. Permanecen contra la pared y contemplan al cura. El capellán blanco lee la Biblia e inclina la cabeza en silenciosa plegaria).
EL NUEVE. — ¡Jo... nes!
(El reloj con sus campanadas, recuerda que son las veinticuatro horas).
EL SEIS. — ¡Medianoche!
(El carcelero mira hacia la puerta)
EL SEIS. — Enciéndame un cigarrillo, Dos.
(Reina una atmósfera pesada de expectativa. Todos esperan oír pisadas, acercándose).
EL SEIS. — Déjeme salir a ver los muchachos, jefe. Quiero decirles adiós a todos.
EL CARCELERO. — No puedo hacerlo. Lo permitiría si pudiera, pero sería una violación de los reglamentos. Lo siento.
EL SEIS. — ¡Oh, no importa! Está muy bien. Me han cortado los pantalones y no me gusta. Es una nueva moda, muchachos. ¿Qué les parece? Enciéndame un cigarrillo, dos. Nada, la cosa no está resultando menos dura de lo que temía. Con todo, estoy nervioso; nunca tuve nada que ver con la electricidad. Espero que será un ratito nomás. Me asombraría sentir algo. La primera descarga lo tumba a uno. Me parece que no sentiré nada.
EL CINCO. — ¡Oh, un tipo nunca sabe lo que lo derriba! Todo pasa con unas pocas sacudidas.
EL SEIS. — Ustedes saben, esto es divertido. Me sentía peor durante mi proceso de lo que me siento aquí ahora. Durante el proceso, quedé hecho un estropajo. Perdí quince libras de peso y el proceso seguía. Deme un poco más de café, jefe. (El carcelero trae el café). ¡Ah! ¡Bien! ¡Brindo por la vieja penitenciaría, muchachos!
(Seis carceleros y el ayudante del director llegan y abren la puerta de la celda).
EL CARCELERO. — Compañero, vamos andando.
(Los carceleros sujetan sus brazos a los del Seis. Este marcha a pie firme, saliendo de su celda, con el cura rodeando su hombro con un brazo).
EL SEIS. — Quiero decir adiós a los muchachos.
EL AYUDANTE DEL DIRECTOR. — Seguramente. Venga por aquí y en seguida vuelva.
(El Seis llega frente a la celda del Uno).
EL SEIS. — Adiós, mejicano.
EL UNO. — Adiós, Seis.
EL SEIS. — (Llegando frente a la celda del Dos). — Deme ese cigarrillo, Dos.
(El Dos le da el cigarrillo. El Seis tiene que inclinar su cabeza casi a la altura del pecho para llegar el cigarrillo a los labios).
EL SEIS. — Adiós, dos.
EL DOS. — ¡Adiós, Seis! ¡Manténgase firme, Seis!
EL SEIS. — Lo estaré. Lo estoy ya.
EL CINCO. — Adiós, Seis.
EL SEIS. — Adiós, Cinco. Adiós, Siete.
EL NUEVE. — ¡Jo... nes! ¡Oh...!
EL SIETE. — Adiós, viejo doctor Seis. Firme allí.
EL SEIS. — Creo que me portaré tan bien como ustedes.
EL SIETE. — ¡Yo sabía que usted no iba a aflojar!
(El carcelero tiene alguna dificultad en abrir la puerta de la cámara de la muerte. Hace mucho ruido moviendo la llave en el cerrojo).
EL SEIS. — No puede abrir la puerta, Siete.
EL SIETE. — Tome esas llaves y ábrales la puerta para ellos, Seis.
EL SEIS. — Me quedo hasta la Navidad próxima, antes de abrir la puerta para ellos. Bueno, la puerta ha sido abierta. ¡Adiós a todos!
EL DOS. — Adiós, Seis.
EL SEIS. — Adiós, Dos.
(Estas líneas son escritas mientras el Seis es sujetado a la silla eléctrica. La puerta que separa la cámara de la muerte del corredor del pabellón permanece abierta).
EL SEIS. — Tengo la esperanza de ser el último que se sienta en esta silla. Digan a mi madre que mis últimas palabras son para ella.
(Palidecen las luces, mientras oímos el ruido del motor cuando se lo conecta con la electricidad).
EL SIETE. — ¡Se ha ido el viejo doctor Seis!
(Las luces palidecen dos veces más. Alguien corre por el camino, afuera).
EL DOS. — ¿Qué pasa?
EL UNO. — Son repórters. Corren a telefonear a sus diarios.
EL CINCO. — Ellos le van a dar salsa de nuevo. No se le que van a hacer ahora con él, ¿hervirlo?
EL UNO. — Se portó mejor que ese negro.
EL NUEVE. — ¡Jo... nes!
EL DOS. — ¡Yo no podré dormir en una semana!
EL CINCO. — Yo me voy a dormir en seguida. Usted podrá dormir perfectamente. Olvídese de todo.
EL SIETE. — Buenas noches, muchachos.
EL UNO. — Yo tampoco puedo dormir, Dos.
EL NUEVE. — ¡Jo... nes! ¡Jo-o-o-o-nes!




CAPACIDAD: SEIS PASAJEROS

Cuento de

Enrique Amorim

Ilustración de

Juan Sorazabal

★

EN la balumba del tráfico, se desplaza vertiginosamente, el rojo del colectivo 39. Reflejado en el escaparate de una armería, pasa por él meteórico. Por la hoja bruñida de una sevillana, o se escapa por la punta de un punzón. Luego asoma el hocico arisco del radiador, en la vidriera de una casa de modas y el verde nilo de una "robe", adquiere por un segundo un atrayente tinte rojo.

El colectivo, rumbo fijo, itinerario marcado, conduce seis vidas. Se divide en dos, en tres pedazos, en los espejos que a lo largo de la calle, mienten en complicidad con las luces y los mercaderes.

El colctivo, rumbo fijo, itinerario marcado, conduce seis vidas. El chófer gobierna la máquina, con ese aplomo orgulloso del que lleva enarbolado el aviso: Completo. Seis pasajeros, seis billetes asegurados, seis vidas independientes, desintegradas del colectivo. Seis vidas reunidas por el azar, en el breve plazo de veinte minutos de marcha, respirando una misma atmósfera, entregándose los unos a los otros, parte del calor personal, del aliento, del perfume adquirido. Familiaridad de las ropas, de los colores, de los géneros. Dos pañuelos de idéntica calidad. Uno de ellos, sometido a un resfrío tenaz, sonoro de estornudos. El otro pañuelo, impecable en su blancura, asomado a ese balcón presuntuoso del bolsillo del saco.

El tercer hombre que viaja es poseedor de ese pañuelo fatal, enfermizo, que trae todas las desgracias y que se esconde, avergonzado, abultando el bolsillo. Es el pañuelo del hombre ...enz. ...ñuelo en desgracia, con ida y vuelta, detentador de records, cuyo dueño lo ha utilizado durante la semana unas catorce veces, para sonar las narices de sus hijos resfriados.

Las tres mujeres que ocupan el asiento trasero se sienten como niveladas por el viaje en colectivo. No hay en ellas orgullo personal, desentonada presunción aparente. Ni ese paquete ni ese lío de ropas que inferioriza a la muchacha, frente a la compañera ocasional que viaja con las manos enguantadas y vacías.

Tres mujeres envueltas en géneros comunes, boinas similares, carteras tipo standard. Tal vez la misma calidad de rouge en los labios, impropio en una de ellas, rubia, desteñida y paliducha.

En el reducido espacio que ocupan las seis piernas femeninas, se pueden vislumbrar las medias de seda de la morena, las de algodón de la rubia. A pesar de la seda, luce más la pantorrilla derecha de la rubia, al descubierto, abultada en buche de paloma por la pierna izquierda, cruzada entre el asiento. Los estropeados zapatos, la historia de caminatas o paseos de sus dueñas, confundidas en aquel momento en un mismo andar mecánico.

Las seis rodillas de las tres mujeres, ubicadas en el asiento trasero, siguen cada una un balanceo personal, perfectamente definido. En la opulenta de la derecha, se manifiesta más grave y lento. Se entreabren las piernas de una; se ajustan las de otra y la morena de la izquierda, las lleva apoyadas, como alejándolas de un posible contacto, contra el tapizado de la carrocería.

En las curvas violentas, los seis cuerpos, participan hermanados del accidente. Al enfrentar las bocacalles, avanzan a un tiempo. Al frenar del vehículo, los tres pechos femeninos se adelantan parejos. Los tres tórax de los hombres, se inclinan en un saludo disciplinado.

Al cabo de cinco minutos de marcha, el idéntico movimiento muscular, ha hecho de los seis personajes, seis muñecos semejantes.



El estudiante Smith

Regresa de la Facultad, a estornudo por bocacalle. Trepó al colectivo en movimiento, sin mirar para atrás. Vino a completar el viaje y así, gracias a su inclusión, se duplicó la velocidad. Flaco, de agudos hombros, aprieta sobre el tórax un manoseado libraco. Ve pasar las cuadras sin atención, fija la vista hacia adelante, como si él fuese quien sortease los automóviles y los peatones.

Don Jacinto, el boticario

Bien agarrado al pasamanos, se le han helado los dedos de tenerlos inmóviles. Se siente molesto, pero no tiene el valor de investigar la causa. Sometido a la vida, los pequeños accidentes hallan idéntico sometimiento en su persona, que las grandes peripecias. La frialdad del pasamanos es como un yugo en su vida. Yugos pequeños, espirituales o materiales, que no se atreve a poner en descubierto y rebelarse contra ellos. Los padece, los sufre y eso es todo. Hasta la velocidad del vehículo es una imposición que somete sus nervios a un ritmo desagradable. Pero se deja llevar sin protestas, por el colectivo, como por su mujer, como por la clientela embrollona. En el cristal del parabrisas, le parece ver el espacio rectangular de la pantalla cinematográfica, por la que ha visto desfilar, en tardes de domingo, seres y cosas ajenas a su vida, terriblemente desconcertantes.

Julián J. Rodríguez

Ha sacado de su bolsillo, una tarjeta de visita con ese nombre. Momentos antes de alcanzar el colectivo, escribió en ella una recomendación para una amiga, a fin de que cierto director de revistas teatrales le diese una contrata en el cuerpo de baile. Se dirige a casa de un periodista conocido, a quien ha de rogar la inserción del retrato de la muchacha, en la página teatral de su periódico.

Releída la tarjeta, la guarda, al tiempo que descubre en el cristal del espejo retrovisor del coche, los claros ojos de la rubia que gasta medias de algodón. Una brusca frenada desvía la mirada de la muchacha.

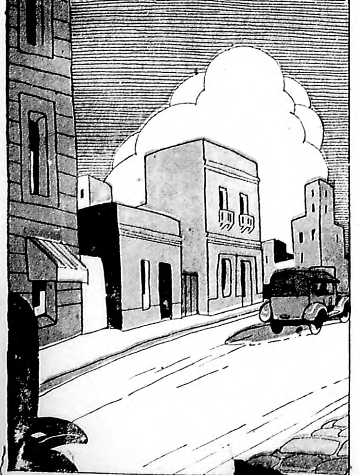
Fanny, la rubia

Hay una razón de peso, para que lleve ese día unas modestas medias de algodón: la de ir a hacerse cargo de un puesto de dama de compañía y casi profesora de inglés, en casa de una señora viuda, con propósitos de ausentarse para Europa. Y Fanny sabe que es prudente el primer día, presentarse con medias de algodón... Gastando medias de algodón, se puede estudiar con más comodidad y soltura, el ambiente de una casa... Las medias de algodón evitan el fácil galanteo y conducen con definitiva seguridad a su dueña, al uso constante y perpetuo de las de seda.

Bajo el sweater amarillo de punto ajustado, las líneas violentas de su armonioso busto, ondulan medrosas.

Sara del Valle

Con las rodillas juntas, abriendo un espacio hostil entre las suyas y las de Fanny. Sara del Valle (nombre de novela) viaja incómoda. Morena, de ojos sombreados, en los labios hay un temblor como si contuviese palabras terribles. En verdad, así es. Repítese, a cada instante: ¡Me las va a pagar todas juntas! ¡Me las va a pagar todas juntas! ¡Ya sabrá quién soy yo, ya sabrá quién soy yo!



Y así, en todo el recorrido. Maldiciendo, amenazando, sin olvidar un solo segundo, el momento amargo de discusión y reyerta amoroso, padecido antes de subir al colectivo.

La señora Ternani

Afirmada en uno de los travesaños de la capota, viaja haciendo sus cálculos sobre las compañeras de viaje. Se distrae observándolas de rabo de ojo. Despide un perfume penetrante. Se sienta aplomada y erguida. Estudia las manos de Fanny, la calidad de la cartera, de los guantes. Descubre la distancia hostil que la morena ha abierto, para no tocar a la rubia. Piensa en el precio del vestido de Sara del Valle, de plegadas faldas y en la calidad de las medias de algodón de Fanny. ¿Será una empleada? ¿Será tejido a mano el sweater?

La señora Ternani atiende al público en una perfumería de la calle Florida. Cada vez que oye estornudar al estudiante, contiene la respiración, a fin de evitarse el contagio.

★

Invariablemente llega un momento en que se advierte en esos transportes colectivos, un desasosiego precursor de próximos descensos. Miradas de reconocimiento, abotonar de sacos, arreglos de corbata. Se abrió la portezuela y se dejó deslizar, elástico, el estudiante Smith. La rubia Fanny, admiró la elasticidad del muchacho, con ojos vivos y penetrantes. Se distrajo viéndole avanzar a grandes zancadas por el pavimento. Y, recién a doscientos metros de donde bajara el estudiante, hizo detener al colectivo. Bajó como una paloma mensajera puesta en libertad, oteando a todos lados. Buscando la numeración, parecía atontada. Se vió al 2500 y la casa donde debía presentarse estaba ubicada al 2300.

El colectivo siguió su marcha. Seis cuadras más allá, frente a su farmacia, desciende don Jacinto, frotándose las manos, la cabeza gacha, como buscando algo perdido. Tras suyo, se baja Julián J. Rodríguez. Sube al colectivo un obrero. La señora Ternani bajó apresurada, alcanzando felizmente un tranvía que la deja en la puerta de su casa.

Sola, repitiendo la misma maldición e idéntica amenaza, Sara del Valle, falso nombre de novela, al bajar del vehículo casi es embestida por un colectivo que venía corriéndolo al rojo. Maldijo con más calor y se metió en una casa de departamentos, como una hormiga en un agujero.

★

El estudiante Smith, era hijo único de madre viuda. Fanny, que por primera vez iba a la casa de la señora Smith, le costó dar con ella. Cuando llamó a la puerta, el muchacho ya había cambiado sus ropas. No obstante, Fanny le reconoció, disimulando la sorpresa. Y, solo un año después de estar al servicio de su madre, en vísperas de que ambos se marchasen para Europa, Fanny trató de recordarle el primer encuentro. Quería ofrecerle un tinte poético a las relaciones secretas que habían cultivado ambos y que tan peligrosas consecuencias tenían para ella, en ese momento.

En un inglés perfecto, dialogaron rápidamente:

—Cuando recuerdo la primera vez que nos vimos, me cruza una emoción por el cuerpo, que no puedes imaginar — dijo Fanny con voz temblorosa.

—Mi madre te dijo a boca de jarro: éste es mi hijo, y te asustaste.

—No, no fué allí donde mis ojos se adueñaron de tu cuerpo... Fué en un colectivo en el cual venías estornudando, como un bendito... Te ví bajar del coche en un salto tan lindo, que admiré tu cuerpo elástico sin saber quién eras. Minutos más tarde, tenía que vivir bajo el mismo techo y seguir oyendo tus estornudos y diciéndote ¡Salud! a cada paso... ¡Qué ganas me daban en el colectivo de ajustarte la bufanda al cuello!... — y se acercó al muchacho, acariciándole el pescuezo.

—¡Qué bien hueles, Fanny!... Pero déjame un momento, que debo apartar las cosas que llevaré en el viaje...

Fanny se sentía muy débil, derrotada. Salía del fuerte sacudón que las relaciones con Smith le provocaran.

El estudiante le había hecho ingerir una fuerte dosis purgativa, comprada en la farmacia de Don Jacinto. Para agradarla, al mismo tiempo, le regaló un frasco de perfume, adquirido de las propias manos de la señora Ternani.

Luego de embarcada para Europa la señora Smith y su hijo, Fanny puso en juego sus pantorrillas con ceñidas medias de seda. Hinchadas pantorrillas como buches de paloma, en el cuerpo de baile de una compañía de revistas. Y allí conoció a la compañera de Julián J. Rodríguez; y, más tarde, a éste. Salieron a pasear juntos los tres, luego Fanny sola con Julián.

Una noche, Julián se empeñó en hacerla recordar que se habían visto antes, por lo menos un año atrás. Fanny no lo creyó y menos aún, podía hacer memoria. Subiendo en el ascensor de la casa de departamentos que habitaba Julián, un piso octavo, hubo el tiempo justo para el desarrollo de este diálogo:

—¿No recuerdas haberme visto por el espejo retrovisor de un colectivo? Yo te miré fijamente y me quitaste los ojos...

—No recuerdo nada, nada...

—Bajaste en Santa Fe, al 2500...

—Tal vez iría para lo de Smith seguramente.

Julián necesitaba ese fragmento del pasado para construir de una vez por todas su historia de amor. Fanny pensó que ella había guardado muy bien, como un tesoro para sí, el recuerdo del primer encuentro con el estudiante. Y que lo había utilizado tan sólo en aquel momento terrible, cuando vió que se alejaba para siempre el hombre que tanto amara. Y, comprendiendo el valor de las historias que no se cuentan jamás, seducida por la de Julián, le alargó los labios en momentos que el ascensor se detenía en el piso octavo.

★

¿Sara del Valle? Sara del Valle, por tener ese nombre de personaje de novela, se queda afuera, vociferando, maldiciendo a su amigo y entrando en el zaguán de su casa de departamentos, cada día más parecida a una negra hormiga, apresurada y disconforme.

★

El colectivo rojo, se desplaza vertiginosamente por las calles, reflejándose en los escaparates o barriendo con su sombra, las luces de colores que viborean disparatadas en el asfalto mojado.



Siete Generaciones de Canallas

por

Carlos Pérez Ruiz

★

LOS criminalistas de fines del siglo XIX, al concebir la figura ideal del criminal nato, le atribuyeron características morales definidas, entre otras: una conciencia deficiente, comprobada en las prisiones por la falta de remordimientos, sueño tranquilo y sin pesadillas, buen apetito, etc.; instintos perverados, manifestados por la falta de simpatía para los demás, y la carencia de sentimientos altruístas; ausencia de autodominio (temperamento violento, intensas pasiones y con frecuencia imbecilidad); y por fin una indominable holgazanería. Además, es indiscutible característica, la hipocresía y la mentira habitual más o menos hábilmente utilizada.

Siendo el criminal nato un ente ideal, es difícil encontrarlo realizado en la especie humana, pero si es imposible hallar un individuo que reuna en sí mismo tan brillantes cualidades, no lo es en cambio, encontrar una familia, la que considerada como una sola entidad a través de varias generaciones puede llegar a constituir un organismo delincuente con todas las características del criminal nato.

Un ejemplo de esto nos lo ofrece la formidable familia Jukes, cu "pedigree" ha sido posible establecerlo a través de siete infames generaciones, siendo sus historiadores, dignos empleados policiales y sus ejecutorias de nobleza, sus bien nutridos prontuarios.

Curioso sería hacer una estadística en la que se mostrara en forma gráfica las veces que podría rodearse el mundo con el papel empleado en extender sus prontuarios y procesos, los galones de tinta gastados en redactarlos, la mole de acero formada por sus armas y ganzúas y los litros de sangre que derramaron.

Todo ello en forma extractada figura en el 31.o Report of the Prison Association of New York, correspondiente al año 1876.

Comprende un total de 540 individuos de sangre Jukes, de los cuales la mayor parte la forman criminales, mendigos, prostitutas y degenerados.

Es difícil establecerlo en cifras redondas hasta la quinta generación, formada por la descendencia de las cinco prol... hijas del antecesor común ... familia.

... suyo ... hacia el año 17... ... descrito como un ... buen compañero de ... cazador y pescador; enemigo de las labores duras, pero trabajador por cortas temporadas, engendrador de numerosos hijos ilegítimos cuyas madres son desconocidas. Era un buen ejemplar de semisalvaje con serios instintos criminales. Amante de la buena vida, considerada a su manera, holgazán, asiduo frecuentador de tabernas, en donde era querido y esperado por sus compañeros, inescrupuloso en el juego y fácil, al parecer, de enamorar.

Las hijas eran de apariencia atractiva, se casaron jóvenes y consiguieron buenos partidos, pero su carácter semigitano y andariego las convirtió en inadaptadas para convivir en una sociedad medianamente civilizada. Su debilidad moral hereditaria las llevó a una vida de in... ... a partir de la descendientes. Entre éstos, las hijas eran extremadamente fecundas y dado su trato con gentes de vida irregular y delincuentes de toda índole, ha sido difícil seguirles el rastro a través de su vida desordenada.



Existen datos concretos de la familia Jukes a partir de la quinta generación. Esta comprendía 123 individuos, de los cuales 38 eran hijas ilegítimas y 85 hijos de igual condición.

De las 38 mujeres, 16 estuvieron en prisión, sabiéndose que 6 de éstas fueron condenadas por crímenes y las demás por diversos delitos y faltas provenientes de su vida de licencia. Una de las criminales reincidió nueve veces.

No se ha podido trazar con claridad la historia de las restantes, habiéndose comprobado que cuatro de ellas fueron buenas y que se casaron jóvenes.

Puede decirse que el honor de la familia estaba reservado a los varones. De los 85 componentes de esta generación, solamente cinco fueron condenados por crímenes; sufrieron arrestos y procesos once de ellos y trece hicieron de la mendicidad su profesión habitual.

Uno de estos Jukes fué salteador de caminos, hombre recio y respetado por sus argumentos para liquidar cualquier cuestión, rápido para sacar las armas y más aún para esgrimirlas. Sólo se le comprobaron cinco homicidios de los doce que se le atribuyeron.

Las generaciones posteriores a esta quinta, que fué la de oro, perdieron mucho en bravura, se caracterizaron por su gran porcentaje de enfermos consuntivos y degenerados físicos, registrándose varios casos de contrahechos y jorobados y la enorme proliferación de las pasadas generaciones trocóse en una esterilidad a la que la sociedad entera es deudora de un eterno agradecimiento.

Todas las características ... han sido comprobadas en esta perversa entidad denominada: la ...

¡Cuán ajeno estaba a la gloria que aguardaba a su familia, como elemento de comprobación científica, aquel alegre cazador y pescador de Delaware, afortunado en lances de azar y de amor, catador de fuerza y buen compañero de sus amigos!

CAMINO DE IDA y VUELTA

por PABLO ROJAS PAZ

Se salía a la madrugada de la ciudad y se tomaba el camino casi siempre lodoso que lleva a la montaña. Mientras más se avanzaba entre la doble hilera de casuarinas que formaba la avenida Mate de Luna, más se iba arrinconando la ciudad, allá lejos, en el fondo del llano en que el error o la necesidad de defensa del conquistador la había situado. Tucumán tenía dos grandes caminos, uno que llevaba hacia el llano atravesando el corazón de Cruz Alta e internándose en Santiago. Y el otro trepaba enroscándose hasta la cima de los cerros más altos. Caminos tristes, hondos, profundos, que retrataban justamente el espíritu de aquel pueblo desprevenido. Una casa puede darnos una idea más o menos aproximada del habitante; pero el camino es la historia de la vida de un pueblo. Por algo el paisano les llamaba callejones a esas franjas peladas de tierra hechas viables a fuerza de tránsito. Caminos en que las ruedas del carro abrían baches profundos en épocas de lluvia y que en la seca se escondían en una nube de polvo imposible de eludir. Pero cuando la montaña casi doméstica, aclarada por la fresca luz del alba, se mostraba con todo el ritmo de sus contornos melódicos al caminante que se acercaba, era como si se internara uno en la vasta sinfonía de la naturaleza. Primero las lomas cultivadas donde brillaban las naranjas y podía advertirse la flor ensangrentada de la estrella federal. Más arriba los tablones de cañas alfombrando los cerros verdes y azules y más atrás el bosque, el monte desordenado y bravío donde el helecho crecía junto al cedro piadoso y las pequeñas flores silvestres buscaban el amparo de los grandes árboles hechos para el viento y para el rayo. Soledad sonora esta de la montaña donde hasta el pensamiento del viajero solitario parecía resonar en el peñasco afinado ya por el claro y persistente percutir de la cascada. Soledad donde la vida es en secreto incitada hacia la eternidad. En un silencio de siglos los ojos de agua mandaban su luz líquida entre una alfombra de berros. Un bramido inquetaba a veces la tensión del aire y ponía en el bosque una atenta vigilancia. El rebote de un hacha se oía acaso y el indolente canto de unos labradores parecía más un rezo que una canción en toda aquella imponente presencia de una naturaleza casi musical.

A cierta altura del camino uno se detiene a observar lo que está cercano, lo que está más lejos y lo que se pierde ondulando en el horizonte como si la tierra tratara de fugarse del cielo. Pequeños caminos indecisos que se meten por la puerta de los ranchos, ríos pequeños que van bordando los terrenos sembrados y que se abren en arroyos y desaparecen absorbidos por la tierra. Chimeneas humeantes alrededor de las cuales se advierte vagamente el tráfago sin fin de los ingenios, diminutas aldeas cuya pobreza relumbraba en sus techos de latas. Y más allá de todo, la ciudad hecha de bien y de mal, que cuatrocientos años atrás fundaran hombres que desengañados de la guerra de Italia, o escondiendo el rencor del desaire real, buscaban en tierras aún fabulosas, la riqueza y el prestigio que les negara la Europa esclavizada a las decisiones de un emperador.

Y después, todos los rumores que se bordan y entretejen en la urdimbre de la mañana; estremecimiento casi secreto del pastizal, temblor fugitivo del viento en los árboles más altos, el grito de los loros, el llamado cristalino del chalchalero y el canto del olvidadizo gallo.

El camino parecía fundirse en el bosque por el cual Serafín Parellon se dirigía hacia Bella Vista. El lerdo trotar de su caballo le incitaba a meditaciones melancólicas. El había sido un buen trabajador; en los talleres del ingenio no hubo muchos que le aventajaran. Con frecuencia trabajó doce horas sin descanso. Uno vivía contento, se vestía bien y hablaba de cosas alegres. Pero ahora todo había cambiado. Los patrones tenían menos familiaridad con los obreros; ya no le decían "hijo" al pasar, ni lo palmeaban, ni lo convidaban con cigarrillos caros. Eran ahora como cóndor y cordero; el uno amenazante siempre, temeroso el otro. Y después aquellos hombres que habían venido de lejos a hablar de las ocho horas, de las fábricas limpias, del salario mínimo y el seguro obrero. Antes, nadie se había fijado en esas cosas; trabajaba uno hasta que podía, pensando en los hijos, en la madre, en la mujer; esto podía durar cinco, diez años. Después vendría la época triste de la vida en que uno vive arrinconado y esperando de la piedad de sus semejantes. Todo esto sin un lamento, sin una protesta, con la lógica resignación de lo que es ineludible y fatal como la muerte, el dolor y la deslealtad. Un atajacamino espantó el caballo y Parellon pegó un sofrenazo violento. Miró hacia un costado y un frío estremecimiento viboreó por su espinazo. El atajacaminos lo había hecho detener precisamente junto a una de las numerosas tumbas que bordean los caminos norteños. Una cruz negra de palo con inscripciones en blanco indicaba el sitio. Dos pobres flores de trapo sobre esa cruz y en medio de esa espléndida naturaleza daban una idea desoladora y grotesca de la inútil persistencia del recuerdo humano. Un tarro de lata colgaba de su mango de alambre de uno de los brazos de la cruz. Parellon se quitó el sombrero y pretendió rezar; pero no recordaba sino palabras aisladas de la oración como pequeños fragmentos de un vaso roto. Sin embargo, rezó: quién sabe qué oración compuso su alma allá dentro!

Así estuvo un rato y en el sitio se hizo una quietud como de prestado. Después siguió su camino y de nuevo prendieron en su mente aquellos pensamientos suyos. Una tarde que estaba medio fatigado, se había puesto a conversar con el hombre de las lámparas, un inglés gigantón que había perdido el brazo izquierdo al querer realizar un cambio de vagones. Allá en los países lejanos se trabajaba menos, se tenía tiempo para muchas otras cosas.

El camino se derramaba de pronto sobre la llanura cubierta por los tablones de cañaverales. Como a una legua se advertía la chimenea del ingenio y el rumor del trabajo llegaba como el eco de una batalla lejana; el tropel de los carros cargados de cañas que pasaban entre las maldiciones de los carreros y el chasquido de los látigos, el silbato perdido de las locomotoras que arrastraban largos convoyes de vagones semejantes éstos a gigantescos gusanos se deslizaban sobre los rieles. Perdidos entre los tablones estaban los chaqueños, los gauchos de La Banda, los coyas de Salta, los indios de Catamarca que pelaban velozmente la caña, formando grandes montículos de maloja. Se veía aquí y allá rebrillar el cuchillo que desnudaba el tallo de la caña de su hojarasca inútil. Llegaban apagados sones de campana, persistentes martilleos, choques violentos de vagones.

Del otro lado, haciendo fondo al paisaje y contrastando con la perspectiva de la fábrica, se podía contemplar una loma que se elevaba casi melódicamente. Un suave olor a violeta llegaba desde allá; era setiembre y la colina estaba alfombrada de estas flores. Un muchacho venía tocando la tiorba. Los pequeños frutos rojos del chalchal rebrillaban al sol. Melancólicos sones de campana se dispersaban por el aire. Parellon detuvo su caballo; había llegado a su destino. Miró distraídamente el paisaje que quedaba allá lejos. La lucha del esfuerzo del hombre con la imposición de la naturaleza. Se quedó pensativo un instante mirando hacia lo lejos, hacia donde el aire se azulaba profundamente. Pensamientos y recuerdos, únicas voces de la existencia, avanzaron como un derrumbe a su conciencia. La luz le inundó de repente.

Una juventud casi infantil lo aureolaba. Sus ropas hechas jirones dejaban ver el pecho y los muslos. De pronto, una sonrisa de recuerdo entreabrió sus labios. El, sin querer, había tentado varias veces al destino. Un día, en la clase de inglés del colegio, el profesor le llamó mulato imbécil. Una cachetada resonó en toda el aula y Parellon desapareció para siempre del colegio. Después pasó de todo. El era y había sido siempre manso. Pero, no lo dejaban vivir su vida. Otra vez, una noche, entró a casa de una muchacha que le había dado cita. Alguien abrió la puerta de pronto y él atinó solamente a tirar un cabezazo al bulto. Y disparó. De la esquina oyó que gritaban: "Auxilio, criminales, lo ha matado". Se dirigió hacia la estación Sunchales. Había una espesa neblina que aglutinaba la oscuridad. Solamente se veía a lo lejos el resplandor amortiguado de los faroles de los cambistas y la alta luz de los semáforos. Se metió en un vagón que estaba abierto y enganchado a un largo convoy. Un violento sacudón lo despertó mucho más tarde. Era sol alto. Por un resquicio de las maderas pudo observar una estación. Estaba en Salta y no supo si angustiarse o alegrarse por este traslado voluntario. Salió como pudo del escondrijo. Tenía hambre. Se palpó los bolsillos; no se halló más que unas monedas. Al pasar junto a un kiosko, un hombre que estaba en una pila de diarios, lo llamó para ofrecerle que vendiera los diarios de Buenos Aires. "Como te veo cara de no ser de aquí, te lo pido", agregó el individuo. El muchacho comprendió que aquello era su salvación. "Andá por la plaza y vendé a los decentes que están en el club o salen de la iglesia". El muchacho hizo caso. Al atardecer se fué por ahí. Al día siguiente, frente a la esquina donde él voceaba únicamente diarios — cosa rara en provincias, donde el diarero vende también pasteles y chorizos — se detuvo como alelado un muchacho bien vestido que se puso a mirar a Parellon con molesta insistencia. De improviso, como si echara todo a rodar, se le acercó para decirle: "Quiero hablar con vos de un asunto; podríamos ir hasta casa".

Parellon le miró de arriba abajo, pensó un rato y luego pronunció un firme "vamos". Pasaron frente a una iglesia de donde salían viejas enlutadas y pequeñas; atravesaron una plaza en donde pastaban animales junto a la estatua de un general. Parellon había advertido que algo extraño, incomprensible por ahora, lo unía al desconocido. Se dejó llevar por el azar, por lo que podía depararle lo inesperado. Entraron a una casa fresca como pozo. Se recuerda uno siempre de aquella frescura profunda. Un patio rodeado de gruesos pilares; una madreselva escondiendo un pilar. Pájaros, muchos pájaros; eso sí. El otro le tomó del brazo y lo llevó frente a un espejo colocándose a su lado.

—¿AdvIertes lo parecido que somos? — preguntó el dueño de casa.

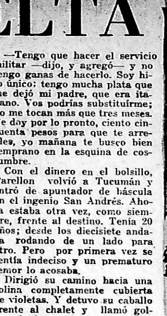
Parellon, después de mirarlo un momento, le dijo:

—¿Esta es su casa?

El otro hizo una señal afirmativa con la cabeza.

—¿Podría hacerme dar un poco de café con leche? — preguntó Parellon.

—Pasados los prolegómenos a que el hombre somete todos los actos de su vida, el dueño de casa comenzó a hablar:



—Tengo que hacer el servicio militar —dijo, y agregó— y no tengo ganas de hacerlo. Soy hijo único: tengo mucha plata que me dejó mi padre, que era italiano. Vos podrías substituírme; no me tocan más que tres meses. Te doy por lo pronto, ciento cincuenta pesos para que te arregles, yo mañana te busco bien temprano en la esquina de costumbre.

Con el dinero en el bolsillo, Parellon volvió a Tucumán y entró de apuntador de báscula en el ingenio San Andrés. Ahora estaba otra vez, como siempre, frente al destino. Tenía 20 años; desde los diecisiete andaba rodando de un lado para otro. Pero por primera vez se sentía indeciso y un prematuro temor lo acosaba.

Dirigió su camino hacia una colina completamente cubierta de violetas. Y detuvo su caballo frente al chalet y llamó golpeando las manos y largos ladridos le contestaron. Se abrió una puerta de la que salió un hombre de campo; se abrió una ventana y pudo verse una hermosa mujer pálida que preguntó por lo que sucedía. Trae una carta para el señor René; viene de la ciudad. Atiéndelo; dale unos mates y que espere. Se abstrajo profundamente y se reconcentró en sí mismo. Había encontrado esa diversión para los momentos de cansancio; pero esos días baldíos que nos depara la vida en que uno ha salido de algo y está esperando lo que la vida puede ofrecer. Mientras la inmovilidad se iba adentrando más en su cuerpo más vaga se iba haciendo la percepción del mundo. Le incitaba a esta actitud todo cuanto fuera expresa afirmación de movimiento. Se sentaba junto a un río y paulatinamente todo se le volvía indiferente. Los contornos de las cosas se hacían cada vez menos precisos. En este anonadamiento sugestivo de la vida, desaparecía toda angustia. Un camino podía producirle el mismo efecto. Era su descanso. Después del trabajo le gustaba reposar junto a los caminos pequeños que concretan la existencia de la aldea. Solamente una violenta conmoción podía sacarla de ese quietismo, en que descansaba su cuerpo y su espíritu. Apareció un muchacho que empuñó una barreta golpeando en ella violentamente un trozo de riel que colgaba de una rama de un arbol. Era el mediodía. El campo se pobló de labradores con el saco en el brazo.



Cuentos del Amazonas, de los Mosetenes y Guarayús

El cangrejo mandó sus ojos al lago mar. Dijo: "Vayan hasta la orilla del lago mar, mis ojos, vayan, vayan, vayan!" Los ojos se fueron. El se quedó sin ojos. Entonces dijo: "¡Ah, se han ido, mis ojos! Ahora los voy a llamar". Entonces dijo: "Vengan de la orilla del lago mar, mis ojos, vengan, vengan, vengan!" Entonces volvieron sus ojos.

Mientras tanto, un jaguar acechaba. Dijo el cangrejo: "¡Ah, ahí vienen mis ojos!" Luego dijo: "Ahora mando mis ojos otra vez". En cuanto dijo esto, saltó el jaguar tras él y lo asustó: "¡Eh!" Le preguntó: "¿qué dices ahí, cuñado?" El cangrejo contestó: "Mando mis ojos al lago mar". Ahí dijo el jaguar: "Manda mis ojos al lago mar. Manda mis ojos, cuñado". El cangrejo contestó: "No, el tata de las tarariras se acerca y se los tragará". El jaguar dijo: "Sí, pues, quiero que los mandes". Y contestó el cangrejo: "¡Bueno, quedate quieto!" Después dijo: "Vayan hasta la orilla del lago mar, ojos de mi cuñado, vayan, vayan, vayan!" Entonces se fueron los ojos del jaguar, y quedaron sólo los agujeros. ¡Ahí se asustó el jaguar y dijo: "¡Llamad mis ojos, cuñado!" El cangrejo dijo: "¡Vengan de la orilla del lago mar, ojos de mi cuñado, vengan, vengan, vengan!" Y los ojos del jaguar volvieron. El jaguar [illegible]

vez". El cangrejo contestó: "No, tata tararira está ya muy cerca". el jaguar dijo: "¡Sí, pues, mándalos otra vez, otra vez nomás!" Entonces dijo el cangrejo: "¡Vayan hasta la orilla del lago mar, ojos de mi cuñado, vayan, vayan, vayan!".

Y los ojos del jaguar se fueron. Tata tararira agarró los ojos y se los tragó. El jaguar quedó ciego y dijo: "¡Llama mis ojos, cuñado!" el cangrejo llamó los ojos del jaguar: "¡Vengan de la orilla del lago mar, ojos de mi cuñado, vengan, vengan, vengan!" Pero los ojos no volvieron, tata tararira los había tragado. Entonces dijo el cangrejo al jaguar: "¿Has visto cuñado? Tata tararira ya se los tragó". El jaguar se enojó, porque sus ojos no volvían. Le dijo al cangrejo: "¡Ahora te devoro!" Cuando el jaguar se alzó para agarrarlo, el cangrejo saltó al agua y se escondió bajo una hoja de bacaba. El jaguar agarraba troncos y ramas, creyendo agarrar al cangrejo. A éste le quedó pegada en la espalda la hoja de bacaba hasta el día de hoy. El cangrejo se fué y se transformó en el cangrejo como es ahora.

El jaguar iba sin rumbo por la selva, sin ojos, sin saber por dónde iba. Se sentó en medio de la selva. Ahí lo encontró el cóndor y le preguntó: "¿Qué haces ahí, cuñado?" El jaguar contestó: "¡No hago nada! El cangrejo mandó mis ojos al lago mar. Tata tararira se los tragó". Le pidió al cóndor que le pusiera otros ojos. Este dijo: "¡Bueno, quédate aquí! Voy a buscar leche del árbol yatahí".

El cóndor se fué y tardó mucho. Después vino y ordenó al jaguar que se acostara. Enton[illegible]ndió la leche y dijo: [illegible] quieto, aguanta el [illegible] digas: ¡ay!" Le de[illegible] leche en las cuencas.

El jaguar aguantó el ardor y no dijo ¡ay! El cóndor buscó una ramita y sacó leche del árbol caicusashimpipo y lavó con ella los ojos del jaguar, que consiguió así ojos lindos y claros. Entonces dijo el cóndor: "Ahora mátame un tapir para comer, en pago de los ojos". El jaguar mató un tapir en pago de los ojos. Y el cóndor dijo: "¡Ahora me darás siempre de comer! Cuando mates un ciervo o un tapir me darás una parte".

Así quedó hasta el día de hoy. El jaguar caza para que coma el cóndor.

El jaguar se fué con ojos claros.

LA CADENA DE FLECHAS

(De los guarayús, guaraníes del este boliviano)

Abaangui, el abuelo de los guarayús, tenía dos hijos. Un día, cada uno de ellos tiró una flecha hasta la bóveda del cielo, donde quedó fija. Después, cada uno tiró otra flecha que entró en la primera, y así siguieron hasta que se formaron dos cadenas de flechas desde el cielo hasta la tierra. Por esas cadenas treparon los dos hijos de Abaangui hasta el cielo y allí quedaron, transformados en Sol y Luna.

Primeras Historias que se Oyeron en Este Continente

LA GRAN SERPIENTE

(Leyenda mosetene. Norte de Bolivia)

Había una vez un hombre y su mujer, que querían criar manso algún animal. Fueron a la selva, pero no encontraron. Al fin llegaron a un campo, y allí hallaron un gusano, Ñoko, en un yuyo.

"Llevémoslo a casa para criarlo", dijeron.

Se llevaron el gusano a su casa, hicieron un platito de barro y allí pusieron el bucho.

Luego quisieron darle de comer. Probaron con bananas, pero no las quiso. El gusano creció tanto, que tuvieron que hacer un plato grande para ponerlo. Probaron con todo lo posible, pero no quería comer nada.

He aquí que un día el hombre mató un pájaro. Ñoko no quiso comer nada de él. Y le dió el hombre el corazón del pájaro, y eso sí lo comió.

Ahora supieron lo que comía el gusano. El hombre mataba pájaros todos los días y le daba los corazones. Tanto creció que tuvieron que hacerle un plato mucho más grande para ponerlo. El hombre mataba toda clase de animales: pájaros, jabalíes, tapires. El gusano comía sólo los corazones. Tanto creció que tuvieron que hacer un gran botijo para ponerlo. El hombre mataba todos los días cuanto animal podía, y el gusano, ya grande como una serpiente, sólo comía los corazones. Creció más aun, tanto que no podía contenerlo nada, y lo pusieron en el suelo, ante la choza.

Ñoko devoraba siempre, y creció y creció. El hombre cazaba, pero al fin no había más animales. El hombre empezó a cazar hombres y daba los corazones al gusano. Los mataba con un dardo grueso como la mano. Al último había muerto a todos los hombres que vivían en la región.

Tuvo que alejarse hasta una gran aldea, y allá mató muchos hombres, y daba sus corazones a Ñoko. Todos se extrañaban de quién mataba tanta gente. Un jaguar no podía ser. Un día fué el hombre a la aldea para matar gente. Ante una choza estaba una niña. El la mató con su dardo y le sacó el corazón. Esto lo vió el hermano, que estaba en la choza, haciendo flechas: saltó fuera, arrancó el dardo al asesino y lo mató. L[illegible]s demás hombres vinieron todos y lo llevaron al medio de la plaza de la aldea y lo acribillaron a flechazos.

Después de unos días, como el hombre no llegaba a su casa, su mujer se inquietó. Ñoko estaba hambriento. Ella se preguntaba qué le habría sucedido a su hombre, y le dijo al gusano que debía ir en busca de su padre.

Al principio no se movió Ñoko. Pero al fin se alzó. Levantó alta la cabeza y se enderezó hacia el cielo. Cuando la cabeza alcanzó el cielo, estaba la cola aun en la tierra.

Cuando salía el sol, empezó a alzarse, y justo a mediodía descendió. Ñoko miró en rededor y vió al hombre en medio de la plaza de la aldea, lleno de flechas.

Ñoko se puso entonces en camino hacia la aldea. Primero se transformó en muchas serpientes de varios colores. En cuanto entraba una serpiente en las casas, la mataban los hombres. En seguida venía otra de otro color. Al fin se echó Ñoño alrededor de la aldea, así que nadie podía salir.

Los hombres cubrieron de flechas a la serpiente, hasta no caber más.



Ñoko creció y creció tanto, que al fin creció sobre toda la aldea y mató a todos los hombres.

Entonces se transformó en un hombre, y despertó al otro hombre que lo había criado. Se comieron todos los corazones de los hombres.

Ñoko es ahora la Vía Láctea.

Versión de Alejandro Schulz

MUSEO DE LA CONFUSION

★

HONOR a nuestros clásicos criollos. Sin embargo, el llorado y risueño autor de las "Memorias de un vigilante" no se vigiló la memoria, ni aun el entendimiento, cuando despachó esta oración, que es la primera del segundo capítulo:

Mi nacimiento fué, como el de tantos, un acontecimiento natural, de esos que con abrumadora monotonía y constante regularidad se producen diariamente en los ranchos de nuestras campañas desiertas.

Tres confusiones comprometen aquí nuestra gratitud. Una (para los meros etimólogos) es la de aseverar de un nacimiento que es "natural", que es más o menos como si le dijeran "natal". Otra es el hecho, tal vez no sospechado por el autor, de que muy escasas personas, por tesoneras y cargosas que sean, insisten en nacer con abrumadora monotonía y constante regularidad cada quince minutos. Otra es la misteriosa virtud de nuestras campañas, que, a pesar de esos nacimientos vertiginosos, siguen siendo desiertas.

★

Miles de espectadores habrán leído con cierta admiración este anuncio:



El drama más impenetrable del cinematógrafo: "La Flota Invisible".

Desgraciadamente, ni es invisible ese concurrido film alemán — porque durante casi dos horas inmortales no vi otra cosa —, ni era impenetrable el cinematógrafo, porque yo conseguí penetrar en él, y hasta recuerdo su peligrosa boletería.

★

El programa de aquella noche estaba inspirado. En otro de sus párrafos pude leer:

Usted jamás olvidará a la mujer que por un beso se convirtió en un mártir.

Soy muy desmemoriado; pero si yo besara una mujer y ella se convirtiera sin demora en un mártir cristiano, con acompañamiento de barbas blancas, leones enfurecidos, bruscas aureolas circulares, legiones de ángeles aéreos y gladiadores, pienso que no lo olvidaría inmediatamente.

★

Un jesuíta francés, exportado con fines pedagógicos a las aulas de Cincinnati (Ohío), dice en la página 378 del "American Mercury" de julio:

Anímula Vágula

La palabra de Cambronne es el dicho que se le atribuye en Waterloo: "La garde meurt et ne se rend pas".

Recomiendo esa fuerte variación a nuestros lectores coléricos. La próxima vez que un aciago destino los indisponga, recuerden que lo histórico es exclamar: "¡Fulano de Tal es un La garde meurt et ne se rend pas!" o, si el vocativo es obligatorio: "Váyase a La garde meurt et ne se rend pas".

★

Del señor Esteban Coria Melo, en la primera parte de su "Visionario" (200 páginas):

"Sabemos que (un raro poeta) maneja el máuser, la flecha; boga; cabalga; nada. Económico. Cuida de su cuerpo, de sus voliciones; educa su carácter con teorías y prácticas. Sabe lo que es un egotista, sin embargo... En sociedad no habla nunca de sí mismo, ni de nadie".

"Pero celebra al obrero que construye casas; al hombre de túnica azul que vigila la presión de los motores; al que cuida y alimenta noble caballo que le trae el pan para sus hijos, y al varón frente tostada, que avanza presentando pecho a la tempestad de la llanura".

Noble poeta éste, capaz de exaltar al zorrino que se rompe el alma para llevar unos pesos todos los días a los pobres huerfanitos, sus protegidos. Hombre resuelto, que en dos patadas se salta una valla, dispara cinco o seis hondazos, se da media docena de vueltas de carnero, deposita dos estampillas en la Caja de Ahorro Postal y, no obstante, conserva la sonrisa sobradora del tipo que sabe perfectamente en qué consiste la idiosincrasia y el paracleto.

★

También del "Visionario":

"Podría ser — dice seriamente — que me olvidara quitarme el sombrero al entrar a un comedor, en donde hubiera hombres de blanca camisa almidonada y corbata negra, por ir saboreando, entre labio y labio, un endecasílabo heroico".

El estado psicológico descripto por el señor Coria Melo es muy frecuente. Todos recuerdan aún la dolorosa contrariedad de aquel buzo que penetró en un campamento nudista sin reparar que todavía llevaba la escafandra puesta, por ir mascando, entre paladar y paladar, una oda laudatoria.

«CHUNGUI»

por

Sara de Etcheverts

★

UN día más y ella, la madre, tiene que callar. Frente al marido, que habla de una nueva combinación capitalista, audaz como todas las suyas, y frente al hijo, que escucha con devoción.

Veintidós años de mentira, de simulacro, con sus días y sus noches, veintidós años amordazados, pesando sobre el corazón de la madre. Sobre ese silencio, ella sostenía el hogar de tres destinos. Una sola palabra, una media palabra, y el hombre, el padre, en un arranque feroz de varón estafado, hubiera destruído todo.

Veintidós años... La madre mira al compañero estéril, prepotente, masa concisa gobernada por un dinamismo impostergable que lo había llevado, en un solo golpe asombrado, a la cumbre financiera en que se hallaban. Ese aventurero genial había provocado a a la vida: a los 25 años la había desafiado, a los 50 la dominaba. Después de él, no quedaría nada. Todo, dinero, situación y responsabilidad, estaban al día. La vida se refinaba hasta el imperialismo individual: había que tener oficinas, campos, queridas, autos, caballos de carrera. Lo tiene todo, sin pertenecerle.

En tanto, vive, despilfarra, contamina. Ve en el hijo el sucesor y, más que el sucesor, el discípulo. Le inyecta su fe rebelde de hijo del pueblo, encaramado con sus dientes y sus garras. "¿Temer? No temer nunca, hijo mío. No vacilar. ¡Arriesgarse! ¡Sin el riesgo, la vida devora al hombre! ¡La audacia es creación, Chungui!"

Su vitalidad inunda al hijo, estremece y sofoca a la mujer.

—¡Más vino!

Buen compañero el vino rojo que da al cerebro presión de sueños y aumenta el batir de las venas.

—¡Bebe, hijo, bebe!

Y otro proyecto en la ciudad azorada, servil al primero que llega.

La madre mira cómo sus [illegible]nos se diluyen, se ausentan sobre el mantel. Unos claveles rosados sobre un plato de Murano con[illegible] la claridad fogosa de las copas de Chablis. Su rostro es pálido, [illegible]vado por la mirada horizontal. Toda la palidez del silencio realizándose en el destino trocado de su carne...

La voz metálica del marido parece triturarla. Después de [illegible] veladas largas e insostenibles, volverá a quedar sola, frente a sí misma, vagando a través de su secreto.

Un día más, una noche más, ella ha callado.

II

Revuelto el cuarto del hijo y ella a su lado, junto a la cama, mirándolo. Se le parece, menos en la amenaza histérica de la mirada. Los ojos del hijo son rectos, certeros como los del padre.

—Chungui, mi nene...

Una vez más, como desde hace unos meses, el muchacho se rebela a la ternura.

—Vamos, mamá, ya te he dicho que no me gusta que me llames así!

La inmensidad del amor de la madre choca y se estrella todas las mañanas, contra ese tono de mando, el mismo del padre. Pero ella le sigue sonriendo, infinita: el mimo, la caricia, el pequeño halago y la pequeña palabra para él. Si todavía, si siempre será un niño Jesús, su Chungui, como lo llamaba desde hacía tantos años, desde antes que naciera...

El hijo prende un cigarrillo. Su pecho, recreado en la gimnasia, surge, definitivo, a través del pijama de seda.

—Ya sabrás que esta noche como en el club con papá.

La madre se estremece, le acaricia el pelo. Día a día, el hijo se desprende de ella. Admirando al padre en su realismo consumado de hombre del siglo, lo asimila. Se deja absorber por ese aventurero hermoso y precipitado, maestro de la oportunidad, técnico del "bluff". Y ella, indefensa, siente cómo el marido se lo arranca, cómo al contagiarle sus gustos y concederle libertad y dinero, se lo aleja, se lo traspapela. Inútil que proteste, que su corazón y su instinto de madre vigilen. "El Chungui es demasiado joven. Abusa de su salud; pasa las noches enteras fuera de casa". El padre se encoge de hombros y el hijo, besándola, se va.

Pero esa noche no quiere quedarse sola, librada a su memoria y a su silencio que la condena.

—¿Me dejas, Chungui? ¿No te quedas a comer conmigo?

El muchacho le tira el humo del cigarrillo a la cara.

—No cargues, mamá...

Ella le pide, le ruega que se quede. Tocará el piano: le gustaba tanto a Chungui la Sonata en Si Menor de Chopin... Le pondría en la mesa las rosas que tanto le gustan. Y ella vestiría el traje de satín negro que tanto le elogia Chungui...

—¡Ah!

La mira: es linda, fina, espiritual. Recalca el gesto intenso de la boca.

¡Ah, mamucha! Eres extraordinaria...

[illegible] cigarrillo para que le eche humo a la cara, le muerde las yemas de los dedos.

[illegible] quedaré, ¿eh?

[illegible] la esperanza: [illegible] Aun es tiempo. [illegible] como ella: sensible, [illegible] espiritual. Hay que [illegible]dizo que quiere [illegible] al hijo...

[illegible] una promesa de [illegible] un desafío silencioso, [illegible], con la tenacidad [illegible] envolvente del padre [illegible]

III

Noche. Noche [illegible], acuñada con tensiones de expectativa y de vigilia. Al lado de la cama de Chungui, la madre mira el rostro surcado por el vendaje.

Se lo habían traído ensangrentado a raíz de [illegible] accidente de auto. Esa noche, borracho, el hijo había tomado [illegible] su torpedo.

—Quiero ser como mi padre: más que el obstáculo, que el imprevisto...

Haría reventar el velocímetro. "Al peligro, decía siempre el padre, hay que exasperarlo, que provocarlo hasta que caiga de rodillas a nuestros pies".

Pero una mujer, perfumada con intenciones torvas de Guerlain, había dicho junto a la oreja de Chungui:

—¿Y la fatalidad?

El muchacho había reído y, también, vacilado. Pudo más la fanfarronada. Ya sus manos apretaban el volante. Ya el ruido del motor terminaba de embriagarlo.

Era tarde para la rectificación del alarde. Era necesario sostenerlo. Y media hora más tarde se estrellaba con su torpedo hasta trizarlo, en el minuto henchido de la fatalidad anunciada.

Ahora, está en la cama, desangrado. Y la madre y el padre alrededor de él, viviendo siglos de dolor en la agonía.

—Chungui, mi nene...

Estaban por igual enloquecidos, pero en la madre era toda su vida de mujer pecadora, su delito y su castigo de amor.

Por que Chungui no era hijo del marido. A través de sus labios sellados, la conciencia aullaba:

En uno de los abandonos humillantes del marido, de la bestia gris, su carne, con vocación remotísima de maternidad, había sido entregada, no al hombre del amor, sino al hombre de la creación. Poblada, grávida, no había vuelto a ver al amante. Sólo una noticia en el laconismo espantoso de un telegrama: la muerte en un accidente de auto en la Cote d'Azur.

Ahora, la fatalidad del verdadero padre recaía, auténtica como una tara, en el destino del hijo. ¿Odio, rescate de Dios?

¿No la habían redimido los veintidós años de martirio cotidiano? Y ese heroísmo suyo, ¿no había gravitado en un gozo de vida creadora en el corazón del "padre"?

Era un pecado sin traición.

Pero ahora, en este momento en que apreta las manos frías de Chungui, sobre su verdad y su delito, está su corazón trizado de madre única, total. Sobre su conciencia, el alarido de su carne redimida por la prueba sobrehumana.

—Mi Chungui...

Siente unos dedos entre sus cabellos. Levanta la mirada: el marido, el "padre", inclinado, devoto, sobre su angustia.

—Querida...

La reacción la golpea: ¿gritará su dolor y su secreto a ese hombre que no es el padre y que día tras día, hora tras hora, se había esforzado en conquistar para él solo a su hijo, al hijo de su silencio y de su soledad?

Lo ve desesperado, roto, vencido. Y en medio de su dolor tremendo, ella, la madre, tiene una bella palabra de amor:

—¡Llora conmigo!

IV

Muerto Chungui, vuelve ella... La locura de su dolor la lleva a la superstición lírica: el retorno absoluto de Chungui a ella, la reconquista total.

No más separaciones, ni rebeliones, ni el pánico de verlo y de sentirlo [illegible], ni el presentimiento terrible de la ab[illegible] [illegible] de [illegible] corazón sangrará [illegible] ojos quedarán [illegible] de llanto, pero adentro, en la zona nunca violada de su corazón, Chungui para ella sola, en todas las edades, de niño y de grande, de ángel y de hombre.

Vuelven las manos del marido a apoderarse de las suyas. Ella lo mira vaga, incoherente. En la casa sepultada de silencio y de nostalgia, de secreto y de pecado, la voz del "padre", derribada, en pedazos.

—¡Nuestro Chungui!

Sofocar la rebelión de la carne, apretar con las manos el corazón hasta estrangularlo — con su muerte, Chungui volverá a morir, definitivamente —, pero sostener sobre ella y sobre el marido, sobre el delito vulgar, el recuerdo, la adoración, la resurrección del hijo. Y dice, en plenitud:

—Nuestro, nuestro Chungui...



Miserias y Grandezas de los Inventores

CREO que no hay otro campo en las actividades humanas en que tan despóticamente domina el factor "suerte", como en el de los inventores.

Guillermo Marconi es uno de estos niños mimados de la suerte cuya deslumbrante carrera se debe tanto a los juegos del azar como a los méritos propios.

Hace unos años estando en Londres fuí invitado a cenar en la Legación de mi país. Se hallaba entre los comensales el celebérrimo inventor de T. S. H. De porte distinguido, mirada evasiva, extremadamente reservado, tan sólo a los postres se animó un poco, abandonando su mutismo. En el "fumoir", al que pasamos terminada la cena, la conversación se hizo más libre, menos protocolar. Fué entonces cuando el Sr. K. B., el famoso bailarín, astro magno de la temporada teatral, lo abordó a Marconi a "brule pourpoint", con la pregunta, que por cierto podría pasar por desconsiderada, si no fuese formulada por un maestro de tablas, quiero decir, un individuo cuyo centro de inteligencia reside principalmente en los pies.

—Dígame, Míster Marconi, ¿cómo le ha sucedido eso de inventar el radiotelégrafo?

Míster Marconi miró silenciosamente a su interpelante y después de un rato le contó con su voz acompasada aquellas conocidas pavadas acerca de su época estudiantil, de los amores obstaculizados, de la doncella, de los severísimos padres, altos muros, ventanas enrejadas, guardianes cerberos, todas las adversidades que lo llevaron a idear un medio secreto de comunicación con la bella. Así engendró la idea que fué el origen del invento famoso. Pues el azar y la buena estrella coincidieron en patrocinar a Marconi desde sus primeros pasos en la vida, acompañándolo fielmente en todo su curso posterior.

Hace como cuarenta años, pasaba Marconi un invierno en Niza, haciendo ensayos con sus aparatos para establecer la comunicación entre la costa francesa y la de Córcega. Con este fin las autoridades locales le permitieron utilizar el faro de Mont Boron, situado a pocos kilómetros de la ciudad. Un amigo de Marconi lo secundaba en los ensayos con los aparatos instalados en un faro de la costa africana.

Cada tarde iba Marconi a su faro en un coche de alquiler. El cochero, un italiano, le cobraba por viajes mensualmente. La bolsa estudiantil no siempre abundaba en pecunio. Ocurrió que Marconi demoró el pago de dos o tres mensualidades. El cochero se puso impaciente y poco a poco su impaciencia cobró caracteres violentos. Una noche el buen auriga se emborrachó y en ese estado de la conciencia adormecida y despierta la bestia, condujo el coche hacia el faro.

Tampoco esta vez pudo Marconi cancelar la cuenta. El cochero se enfureció, y hecho una fiera agredió a golpes al ocurrente joven, pegándole una trompada formidable. Marconi cayó desmayado. El cochero, temeroso de las consecuencias, se fugó a toda prisa.

Dió la casualidad que instantes después corría por el mismo camino un vehículo que llevaba cierta familia inglesa de Niza a Monte Carlo.

Tropezando con nuestro joven, tendido exánime en medio de la calzada, los viajeros alarmados se bajaron del coche y viendo que el supuesto cadáver daba señales de vida, lo trasportaron a la farmacia próxima, y de allá a su casa. Así se trabó entre Marconi y sus salvadores un conocimiento, que pronto se convirtió en amistad, tanto más fácil, por cuanto nuestro héroe, nacido de una inglesa, hablaba correctamente el idioma de su madre.

El inventor contó a [illegible] amigos todas las [illegible] peripecias [illegible] participándoles el [illegible] objeto de [illegible] estudios y experimentos.

Y ahora viene lo [illegible] extraordinario de la aventura: el buen Samaritano, que socorrió a Marconi, era nada menos que el Director General de Correos y Telégrafos de Inglaterra, que desde mucho tiempo se interesaba con dedicación especial en el problema de la comunicación inalámbrica. Pues bien, tomó tanto interés en los trabajos y proyectos del joven inventor, que le facilitó el viaje a Londres y le consiguió de su gobierno una subvención de £ 15.000, para continuar los estudios.

Un año después realizó Marconi su famosa primera transmisión radiotelegráfica a través del Canal de la Mancha. Su porvenir glorioso estaba asegurado: consiguió la celebridad y tras ella no tardó en llegar la fortuna.

De cómo ella vino no se habla en público; se cuchichea en la intimidad de las charlas de los bolsistas londinenses. El principal protagonista del hecho es el hábil y afortunado financista judeo-británico Isaacs; Marconi no fué más que un medio pasivo en el juego desarrollado por el primero. Pero, ¿quién podrá probar que todo eso ha existido en verdad y que no es sólo un ingenioso cuento, obra de los malintencionados? No hay nada indiscutible en lo que se comenta; sin embargo, es curioso que los comentarios persistan, corriendo de boca en boca, aun después de más de treinta años de consumado el hecho.

Marconi, logrado el éxito en las comunicaciones a corta distancia, emprendió los estudios sobre las transmisiones transoceánicas. Terminados los preparativos, montadas las instalaciones, unas en la costa inglesa, otras en la isla de Newfoundland, se iniciaron los ensayos. No bien transcurrió una semana, el mundo quedó electrizado con la noticia sensacional: ¡estaba resuelto el problema de la radiocomunicación transatlántica!

La prensa mundial acogió la noticia con entusiasmo. Sus comentarios fantásticos predecían el fin inminente y próximo de la era alámbrica en la telegrafía; parecía indiscutible lo inútil que resultaba el mantenimiento del sistema de comunicaciones por medio de costosos cables submarinos. Sólo faltaba la palabra del héroe para dar el golpe de gracia a los viejos métodos de electrocomunicación.

Pero éste, inaccesible, concentrada toda su atención en el trabajo, permanecía mudo, en el más riguroso aislamiento, fracasando los más hábiles periodistas en sus tentativas de acercarse a él y sacarle un reportaje.

Mientras tanto, el mercado de valores experimentó una sacudida descomunal, reaccionando a los rumores propalados, con una vertiginosa baja de las acciones de las compañías cablegráficas.

Así pasó toda una semana en la expectativa universal, impregnada de entusiasmo en unos, y en otros de angustias y malos augurios. Al fin rompió el silencio el mago del éter, comunicando al mundo el resultado de las pruebas. Dijo que la prensa había exagerado su alcance, atribuyéndoles una desproporcionada importancia, y que, en realidad, el éxito obtenido se reducía a la percepción dificultosa tan sólo de una letra del alfabeto, señalada por los tres puntos; que todavía quedaba mucho que hacer para alcanzar resultados definitivos y poder ligar en forma segura los dos continentes por medio de las ondas hertzianas, y que, en fin, la telegrafía sin hilos de ninguna manera podría suplantar a la de los cables, no excluyéndose una por otro, pudiendo las dos coexistir en perfecta concordia.

El efecto de las manifestaciones del inventor fué tal, que rápidamente recobraron la confianza del público los títulos de las compañías cablegráficas; la Bolsa se sintió calmada y las acciones, que parecían irremediablemente desvalorizadas, volvieron al nivel de las cotizaciones normales.

Se susurra en los círculos bolsistas de la City, que Mr. Isaacs, jugando con destreza a la baja y después al alza de los títulos aludidos, ganó una fortuna en la operación.

¿Lo hizo en comandita con Marconi? ¿Fué éste quien le proporcionó los datos, lo informó y prestó su concurso [illegible] la especulación [illegible] financista se sintió [illegible] por la propia intuición [illegible], sabiendo aprovechar oportunamente las circunstancias que se le presentaron?

¡Quién puede saberlo! Un hecho es cierto: desde aquella época data la opulencia de Marconi, y su fortuna, que suma varios millones de libras esterlinas.

Pues dígame, lector atento, ¿no le parece todo esto fantástico, novelesco? ¿Y no acierto yo viendo en la intervención de la suerte el mayor de los méritos que conducen a la gloria?

¿Qué sería de Marconi sin aquel primer protector? Tardando unos meses en sus trabajos, el físico ruso Popoff, le hubiera ganado la prioridad del invento y con ella toda la gloria que le corresponde.

¿Y la colaboración financiera de Mr. Isaacs? Sin la riqueza que le proporcionó, ¿cómo podría defender sus derechos y asegurarse todos los frutos del invento? No sería más que uno de los que forman la enorme falange de los "radioinventores", cuyos nombres no veneran más que los aficionados, y el resto de la humanidad los ignora.

Ingeniero E. Odyniec

WALL STREET

por

Ezequiel F. Toyo

★

PROBABLEMENTE, desde las revelaciones provocadas por los manejos financieros de Ivar Kreuger, quien acabó con su propia existencia luego de arramblar con los ahorros de una multitud de pobres gentes de Europa y de los Estados Unidos y subvencionar ampliamente el movimiento hitlerista de Alemania, no se ha dado hasta hoy un escándalo bancario de las proyecciones y aspectos que ofrece la investigación que actualmente está efectuando el Senado de la Unión por intermedio de una de sus comisiones permanentes en el caso de la firma bancaria Morgan.

La reputación de esta firma de crédito internacional, había llegado hasta hace muy poco tiempo a ser considerada como la imagen misma de la solidez y hasta la corrección en el manejo de capitales. Empero, para los que han seguido de cerca la corriente de las altas finanzas privadas de la Unión, la firma bancaria que fundara J. Pierpont Morgan desenvolvía, desde sus antiguos comienzos, una actividad que bordeaba casi permanentemente los límites de la decencia, llegando en ello con frecuencia a manejos ilegales y turbios, de cuyas vastas ramificaciones dentro del mundo de la política y la magistratura judicial de la Unión, para el cual, como en muchas otras partes, contó con las abundantes razones de sus habilísimos abogados y los no menos tentadores argumentos brevemente estampados en hojas de talonarios de cheques. Esto hizo que década tras década, la firma Morgan maniobrara cínica e impunemente dentro del mercado norteamericano del dinero, llegando a contar durante muchos años con el apoyo de encumbrados personajes de la Casa Blanca que se prestaron gustosos, aunque quizás no tan desinteresadamente, a servir de pivotes a los agentes financieros de Morgan en el exterior.

Fué así cómo más de un gobierno antillano, centroamericano o balcánico, fué derribado o puesto en el poder público gracias a los dólares que negaba o facilitaba Morgan. A este respecto, la historia sería interminable y pocos folletines alcanzarían el relieve de dramatismo y astucia que surge del relato minucioso de los trapicheos en cuestión. Hubo gobierno de país centroamericano que se jactó de [illegible] mantener una importante deuda externa. Poco duró su jactancia. Morgan y Compañía, por intermedio de sus agentes, secundados en esta tarea por diplomáticos norteamericanos suficientemente discretos como para decir solamente lo conveniente que resulta al no rechazar ofrecimientos de la firma Morgan, obligaron a esa republiqueta a cargar con deudas que difícilmente pagaría en condiciones normales.

¿Qué interés tendría la firma Morgan en prestar grandes sumas de dinero a gobiernos que solamente por medios casi milagrosos podrían devolverle rédito y capital?

Esto es muy simple para los entendidos en intenciones, sobre todo, en malas intenciones. El interés fundamental era el de crear una situación que pudiera justificar la intervención armada de la Unión por cobro de deudas. Como es sabido, esas intervenciones, cuando se producían, empezaban por apoderarse de todas las recaudaciones aduaneras y de todas las otras entradas fiscales, amén de cuanto servicio público allí existía. La técnica de este género de golpe financiero, fué llevada a la perfección misma por la firma que nos ocupa. Con ayuda de funcionarios de anteriores administraciones norteamericanas, una vez intervenido el pequeño país sobre el que habían puesto su interesada mirada, por motivos de esas deudas y al objeto de "pacificarlo", debido a algún cuartelazo subvencionado con anticipación por Morgan, surgía un nuevo "gobierno revolucionario" que se apoderaba de la cosa pública y de acuerdo con "expertos" yanquis, llegaba a la conclusión de que "el país para salir de su situación actual, necesita contraer un empréstito que le permita cumplir con los servicios de la deuda y realizar diversas obras públicas de urgente necesidad". Se concertaba este empréstito en condiciones leoninas para la firma Morgan, y como garantía, para su amortización, se entregaba cuanto pertenecía al Estado en el pequeño país... y ya podía retirarse de allí la marina de guerra de la Unión, si así lo deseaba la Casa Blanca, en los casos en que la gritería en el exterior y por parte de los liberales norteamericanos lo hacía aconsejable. La republiqueta quedaba así eternamente atenazada en sus finanzas a la casa Morgan, es decir, al mismo gobierno plutocrático que gobernara en Wáshington, dados los vínculos que ataban a ambos.

Este filibusterismo bancario de la firma Morgan no se limitó por cierto al exterior. Muy por el contrario, desde sus comienzos, el fundador de la empresa, el viejo Morgan, supo despojar con hábiles manejos a honrados financieros norteamericanos que se negaron a dejarse arrear en su nave pirata, y fué así, cómo más de un sólido Banco y más de un banquero honesto de la Unión, se encontraron a menudo ante el dilema de servir de instrumentos a los deshonestos manejos de Morgan o correr las contingencias de una corrida a los depósitos, el día menos pensado.

En esta forma inició su predominio en la banca y en la Bolsa de Nueva York la firma que nos ocupa. Upton Sinclair ha referido recientemente al respecto:

"Basta decir que acusé al viejo Pierpont Morgan de haber producido deliberadamente el pánico financiero de 1907 al objeto de derribar tres firmas financieras de Nueva York. Los "trusts" (compañías), eran cosa nueva en aquellos días, y Morgan consideró que Oakleigh Thorne, Augustus Heinze y Charles T. Barney, no eran personas dignas de tener tanto dinero a su disposición.

El método utilizado por él fué prestarles dinero para que "se expansionaran por sí mismos", seduciéndolos con promesas que no fueron cumplidas, y acabando por correrlos en las cotizaciones de Bolsa en lo referente a los títulos que no ignoraba poseían, propalando rumores acerca de sus aprietos financieros para que la clientela de sus bancos retirase los fondos y así cerrarles todo crédito".

Poco queda por agregar acerca de esta falta de escrúpulos. Dos de los banqueros así acorralados desaparecieron de New York, mientras Barney se hacía saltar la tapa de los sesos. Sobre el espíritu del fundador de la empresa Morgan, se cuenta por parte de testigos presenciales, la actitud siguiente:

Un banquero, asistente a una reunión de financieros convocada por el viejo Morgan, se atrevió a decir humildemente:

—Mr. Morgan, yo he mantenido mi banco sólida y honestamente y no me siento en ninguna manera responsable de las dificultades que atraviesan en estos momentos instituciones como las que se han permitido emplear sus fondos en manipuleos de Bolsa. He resuelto quedarme en mi Banco y dejar que los otros se arreglen por sí mismos.

Morgan, interesado como nadie en esos "manipuleos de Bolsa", descargó un terrible puñetazo sobre la mesa y respondió mientras su nariz se enrojecía como nunca:

—¡Quédese en su Banco y yo lo voy a rodear con una muralla que no salvará sino en su ataúd!

Frente al cúmulo de pruebas amontonadas por la comisión del Senado contra la firma Morgan, Lamont ha declarado con la mayor frescura que la de Morgan ha sido "una firma pródiga de sus recursos... sin preocuparse por las pérdidas de los socios, si con ello se podía mejorar la situación".

Las referencias de Lamont acerca de una conversación mantenida por Morgan con los directores de dos pequeños trusts compañías que estaban al borde de la quiebra, es cosa, dice un comentarista, que merece repetirse con música. Uno de los socios fué interrogado por el mayor de los Morgan acerca de la índole de la mayoría de sus depositantes, y éste respondió:

—La mayoría es gente de East Side, hombres de trabajo, pequeños comerciantes, sastres, personas que tienen hechos pequeños depósitos.

A lo que replicó Morgan:

—Hay que buscar algún procedimiento para ayudar a esas pobres gentes. No debemos permitir que pierdan todo lo que tienen en este mundo.

Mr. Lamont repite estas frases en prueba de sus asertos. Probablemente, nos dice el mismo comentarista, ello no pasa de pura ficción. Un autor teatral que tan solamente pusiera la mitad de esas frases en boca de sus personajes, sería alejado del teatro a carcajadas. Morgan ha vivido en un mundo de astucia y voracidad que escapa a toda admiración, esa es la verdad, a pesar del sentimentalismo de última hora que invade el alma de Mr. Lamont, sin duda bastante comprometido de por sí en las maniobras de Morgan.

Respecto de este último, "The Nation" de Nueva York acaba de publicar estas líneas, harto claras sin duda:

"Fué uno de los grandes enemigos de nuestra sociedad, y la mayoría de sus enrevesadas y dañinas estratagemas comerciales nos han llevado a la situación actual, que él forjó como nadie, alcanzando de paso una respetabilidad que sabíamos en qué grado merecía. Nunca fué un salvador. No construyó nada. Extraía de lo que hacían los otros hombres. Alfred Henry Lewis lo ha comparado acertadamente, a esos patos que nadan en la superficie de los remansos y se detienen a su borde graznando, en espera de que caigan otras aves con algo en el pico, para arrebatárselo.

Mantener a semejante hombre ante la admiración de la generación que surge, constituye un insulto a la inteligencia de los lectores norteamericanos. Ello evidencia la necesidad de una vigilancia mayor que nunca, una penetración y análisis de las fuerzas que directa o indirectamente forman la opinión pública, la prensa, las revistas y otros medios por los cuales suelen incrustarse ideas en la mente de las gentes".

Así habla "The Nation" después de reveladas las vinculaciones de Morgan con cierta prensa norteamericana. Sin duda es una recomendación saludable que, de ser seguida, aunque solamente en mínima parte, haría sentir de inmediato sus efectos moralizadores en la mentalidad del pueblo yanqui, tan víctima de banqueros a lo Morgan como lo han sido estos últimos años varios pueblos centroamericanos y de las Antillas.

Cómo se Cayó un Cuadro de Humberto Primo

LA Constitución Nacional, cuerda suprema de ese violín que desde hace unos ochenta años nos viene solazando una oreja para que los políticos nos garroneen de firme en la otra, jugó, aunque sean poquísimos los que no lo crean, roles de insospechada diversión en la serena vida provinciana a lo largo de su esforzada historia, hasta nuestros días. ...bre todo en aquellos entonces ...lo mejor alguna vez termi...

Claro que el venerable cura Al..., en Cuyo; el simpático Peña..., en La Rioja; los muchachos ...ez, en Santa Fe, y aquellos ...esos Echagüe, en Entre Ríos, ...ron sin duda, entre otros, ex...entes inspiradores y animado... de esa nuestra Carta Funda...ntal, porque sin ellos y sus en...tastas discípulos es muy difícil ... muchos argentinos nos hu...amos enterado con justeza de ... consiste eso de las garan... ...dividuales y libertad de pen...nto, que aun ahora no sa...robarnos su existencia sino ...anera esporádica, aunque ...amos la esperanza de que antes del año 38 resulten capaces de mantener el fuego ciudadano y reglamentarista del doctor José Nicolás Matienzo, albacea sin mácula de los prohombres del 53.

Pero otra cosa es con guitarra

Pero como aquí no nos guía ni siquiera el vago propósito de ... acerca del verbo que exaltó a aquella gente que aprobaba ... leyes sin ningún "cómo ...", nos constreñiremos a recordar, simplemente, lo que le ocurrió en Mendoza a un tal Pascual Bustos, que, hace ya unas décadas, eligió esos parajes para go...como chancho del Paraíso que ofrece nuestra ley básica a todos los hombres de "buena voluntad" para hacer lo que quieran en toda esa pierna de jamón de York que es nuestro territorio.

Este señor Pascual Bustos era, además, un excelente payador nacional, salteño, alto y guapísimo. Cayó a Mendoza en calidad de periodista de alto vuelo, como conviene caer en provincias. De llegada nomás, declaró que había ido allí a hacer justicia "integral" mediante el ejercicio en "do mayor" del Cuarto Poder. Y uniendo la acción con la palabra, fundó un semanario: "El Chirlo". Claro que este buen mozo de Pascual Bustos tuvo ocasión de averiguar dentro de un término relativamente breve, que se dan casos ...ditos en que las leyes proponen y los guasos del Escuadrón disponen; y aunque estos bichos, ¡hay que decirlo! "dispongan" de cuando en vez con razón, no tie...en razón porque a ellos nunca ...n ninguna parte los movió expresamente una ley. Bueno... Sin embargo, era una ampo-... lla de almíbar

Pero había que ver a este Pascualito Bustos de la justicia "in...gral". No era nada que todos los días bebiera como por última vez en cuanta confitería o taberna ...riera al viandante con sus ...jos de luces arriba, en el frente, y la indiscutible linda dentadura de su estantería con sus dos barrilitos laterales a manera de colmillos, porque, en fin, todos beben algo porque todos sufren; lo reprochable en este hombre que poseía la dialéctica del diablo, es que vaciara en sus tertulias diarias algo menos que toda la lepra del mundo sobre los hombres que había conocido y que iba conociendo. Para él, el que no era ladrón era un degenerado en marcha. Sólo el general San Martín y el fraile Esquiú en la Argentina y Homero en el orden universal resultaban personas tolerables. Venizelos, por ejemplo, era un tipo que él conoció mangando a todo cristo en Montecarlo ... ...tiro al agua por una cosa que él sabía...

La gota de agua en la grasa hirviendo

"El Chirlo", pues, apareció bajo la inspiración de este verbo. Demás está decir que todo cuanto en la vida íntima hogareña ocurría o podía ocurrir, tanto a puertas cerradas como en la huerta de la casa apareció en "El Chirlo" el sábado de todas las semanas. ¿Cómo hacía este diablo de hombre para enterarse de cuanta contravención higiénica se perpetraba cada noche o tarde calurosa en la ciudad? "¡Hay que matar a ese hombre!" — gritaban hebdomadariamente los aludidos refiriéndose a este desusado periodista de la justicia "integral"—. Las viejas pícaras, autoconvictas de que podrían resultar culpables de las acusaciones de "El Chirlo", dormían con el hacha grande debajo de la almohada por si "ese tipo" se asomaba a la pared para mirar, para averiguar, para anotar...

¿Y era en verdad el salteño Pascual Bustos un sujeto que había resuelto vivir de la vergüenza de los demás, o, lo que es lo mismo, de los que ansían que se grite en los tejados los secretos de la alcoba del vecino? No; ese hombre comenzó metiéndose en porquerías domésticas buscando, simplemente, que la colectividad se percatara de su existencia. Todos saben que la grasa hirviendo es una cosa que existe en el fondo de todas las casas, que es la cocina. Sólo falta la gota de agua que la haga chirriar, para que la oiga el vecindario. Y bien; Pascual Bustos hizo de gota de agua para "meter" su periódico en el pueblo de la buena ciudad de Mendoza a fin de tener su base para que se le oyera cuando entrara a tallar en política, que era el centro de su ministerio social.

Ante la duda... ¡disparé!

Claro que cuando ese bravo exponente del Cuarto Poder comenzó a fustigar de firme al gobierno y sus sostenedores, media ciudad —esa media ciudad de siempre— estalló en júbilo: "¡Ahora sabrá ése lo que es canela!" ¡Y vaya si tenían razón quienes así pensaban! Un gobierno que acababa de hacer cortar todos los árboles de la cuadra de la casa gubernamental porque desde una morera un pajarito travieso había estampado su húmedo sello en la nariz de S. E. al salir de etiqueta para el tedéum patrio, ¿qué no podría resolver respecto de un ciudadano que había rayado en la temeridad de arrojar barro y lo demás, todas las semanas, en la nítida pechera de todos los próceres del Poder Supremo? La cuestión es que al poco andar no sólo Pascual Bustos no tenía con quien juntarse en la calle ni en la confitería, sino que los ciudadanos aquellos a quienes se les sorprendió con "El Chirlo" en la mano, eran llevados a empujones a la comisaría para aplicarles la paliza del siglo; esto, cuando "personas extrañas" no los asaltaban en sus propios hogares. Pero había algo más tremendo aún, que atormentaba la mente de la ciudad: nadie molestaba a Pascual Bustos, a pesar de que éste arreciaba cada vez más sus ataques a las altas autoridades. ¡Cómo! ¿Era que ese gobierno todopoderoso sentía, en efecto, un respeto profundo por el derecho de libertad de pensamiento que venía ejerciendo ese hombre, bien amparado por la Constitución? Y junto con todos, Pascual Bustos comenzó también a sentir la aflicción de la duda. Pero al hombre, que no era tan zonzo como lo indicaba su estatura, se le encrespó el cuerpo un día al pensar bien en serio sobre el enigma, porque se le antojó de golpe que lo estaban preparando como para longaniza. "Una linda noche de estas —pensó—, me tendrán que levantar con cucharitas de la cochina calle... No... A mí no, porque a mí no..." —dijo bien en secreto y corrió a empaquetar sus cosas más indispensables para disparar sin aviso de la Providencia. El no era cobarde, y eso lo sabía todo el mundo; pero, compadre... ¿Por qué la gente de ese gobierno de foragidos no le había hecho nada hasta la fecha? ¿Por qué apaleaban a sus amigos, a sus conocidos, a los simples lectores de su periódico, y a él ni lo miraban, siquiera? "¡Guarda e passa!" —gritó enseguida mirando de reojo al primer dragón ridículo que le ofreció el empapelado de su cuarto mientras liaba sus petates, y como tocado por un contacto eléctrico se puso de pie decidido a partir en el primer tren que pasara cerca de él, pero con rumbo a muy lejos, ¡lejos!, a Gibraltar, si fuese posible, que es lo más lejos que existe en el mundo...

Un chino de esos grandotes que abundan...

El pánico del que no es zonzo...

Como lo puede sugerir su actitud, el que hasta entonces había sido un paladín de la justicia "integral", tan increíblemente ileso, fué transpasado en cuerpo y alma por un verdadero pánico: ¡el pánico de la muerte! Cuando Pascual Bustos tomó el coche de plaza para que lo llevara a la estación a esperar la combinación de San Juan que lo trajese al sur, examinó con premura trágica pero con gran sentimiento la cara del auriga, porque tenía la convicción de que ese hombre, con esos labios distraídos, sin color, iba a contar muchas veces cómo había sido asesinado el director de "El Chirlo" al querer viajar en su coche a la estación, para disparar... Y todo individuo que de apurado o de abriboca miraba hacia ese coche en que nadie sabía que él huía, le producía la terrible sensación de que sólo tenía manos para desnudar el revólver homicida. Pero se hizo el milagro de que el azorado paladín llegara sano y salvo a la estación del ferrocarril Gran Oeste Argentino. Presa de un gran trastorno, fué y se ubicó en un banco que se hallaba al extremo derecho del andén, y con el ala del sombrero bien baja se dió a fijarse si alguien lo seguía. No fué a la boletería porque el boletero podría dar la voz de alarma de que él, el bien popular director de "El Chirlo", estaba a punto de huir subrepticiamente de Mendoza, antes de que...

Un demócrata delicadísimo

Cuando nuestro personaje tomó asiento en el banco antedicho, faltaba aún un cuarto de hora la llegada del tren de San Juan. El hombre, ya bastante ...ado por no haber descubierto ... ...ún conocido que lo pudiese delatar, se apercibió de golpe de un rarísimo detalle: todo el mundo, como arriado por un viento misterioso, se había corrido hacia el extremo opuesto. Recién entonces, ¡oh, sorpresa!, vió con claridad que todos lo miraban, lo estudiaban disimuladamente como si se tratara de un leproso. ¡Y ese tren maldito no llegaba!

Pero en seguida recibió otra sorpresa que mató a la primera: acababa de aparecer en la estación un "chino" de esos grandotes, ruludos y lindos que abundan en la campaña de Mendoza: de bombachas amplias acogidas abajo por una media fuerte, alpargatas blancas con un dibujo azul y rojo representando dos palomitas besándose, chaqueta corta, bastillada y con seis hileras de botoncitos sin importancia, pañuelo engolillado, ancho sombrero tipo orión y un precioso clavel en la oreja. Para Pascual Bustos esto no hubiera tenido ninguna importancia si el tipo ese no hubiera venido arrastrando un tremendo sable de caballería antigua que metía más escándalo que una batería de fuegos artificiales. ¿De dónde salía y quién era ese individuo que se había aplicado tan grosero cinturón y sable así no más, sobre su traje de paisano? ¿Cómo la policía permitía eso? Y, por último, ¿qué había ido a hacer allí?

Estos pensamientos inquietaban cada vez más a Pascual Bustos cuando el tipo del sablote sucio comenzó a vociferar, sin dirigirse a nadie y sin dejar de pasearse con gran energía:

—Y, claro... Yo no tengo más remedio que irme de esta provincia inmunda donde uno no encuentra un hombre de agallas ni por casualidad para pararle la carrindanga a esta gente!... ¿Qué ilusión se puede hacer la tonta de la democracia y sus maridos viriles como yo, por ejemplo, si nos encontramos con un andurrial de foragidos como este donde es imposible una vida decente? ¡Desgraciados! ¡Yo me voy! ¡Queden ustedes en este vil criadero de conejitos! ¡Ya volveré algún día para darle su merecido a la gentuza de este gobierno que todo lo pisotea!...

El periodista, conmovido ... entero por el feliz e inesperado encuentro de un varón ..., no pudo menos que saltar ... asiento, entusiasmado, para ...girse en ademán de abrazar ... digno ciudadano, exclamando:

—¡Por fin!... ¡Por fin!... A hombres como usted hay que besarlos!... ¡Permíta...!...

¿Cómo?... Pero ... ¿Habráse visto ... más inmundo?... ¿Quién ... vos?... —y al decir ... ...ló" el sable ... sentante del Cuarto Poder ... ...de tal calibre que, del estruendo, hasta se cayó un cuadro de Humberto I que adornaba la pared principal del restaurant de la estación.

Cuando llegó, por fin, el tren de San Juan, ya el paladín Pascual Bustos se hallaba regularmente instalado en el Hospital San Antonio, donde pasó, suave aroma, alrededor de ocho meses en una sola postura...

FEDERICO RAMIREZ

Los Gitanos: Estirpe Errabunda

EN una importante revista inglesa, el señor Ferdinand Tuchy ha publicado, semanas atrás, un artículo sobre los gitanos, estudiando su origen, su desarrollo y su influencia en la vida del Viejo Mundo.

En nuestro país los gitanos no han constituído hasta el presente un problema social. Ello se debe principalmente a su escaso número y a su facultad de adaptación a nuestro medio (contrariamente a lo que sucede en Europa, donde, a través de los siglos, han conservado intactas sus costumbres y sus caracteres morfológicos).

¿A qué época se remonta la primera aparición de los gitanos en Europa? Según nuestro articulista, tuvo lugar en el siglo XV, cuando un grupo de hombres broncíneos venidos del Bajo Egipto, cubiertos de harapos multicolores, con sus mujeres semidesnudas y un ejército de chiquillos hambrientos y ruidosos, se presentaron ante los atónitos blancos, alegando tener cartas de introducción para el Papa y el rey Segismundo.

Mucho se ha hablado y escrito sobre el origen de los gitanos, zíngaros, gypsies, romanichels, tártaros, tsiganos, zigeuner, húngaros o tziganski, para designarlos con sus distintos apelativos. Algunos afirman con gran acopio de datos que su cuna fué Egipto, y el hecho de que en otros tiempos tuviesen por patrona a la diosa Sara, deidad egipcia, presta cierta verosimilitud a ese aserto. Para otros, en cambio, los gitanos provienen de la parte septentrional de la India. El profesor Pittard, de la Universidad de Ginebra, después de medir las cabezas de 1213 gitanos de ambos sexos, ha llegado a la conclusión de que, por lo menos desde el punto de vista de la antropología, el origen hindú de los modernos nómades es indiscutible.

¿Qué razón los indujo a abandonar su país de nacimiento? Según algunos eruditos, emigraron para escapar a las persecuciones y violencias de que eran objeto, por considerárseles "intocables". Acaso debamos ver en ese factor la causa de su espíritu errabundo e inquieto, que con el correr de los siglos ha asumido en ellos el carácter de una segunda naturaleza. Quedan por explicar su suciedad ingénita, su moral primitiva, sus bruscos saltos de carácter, que los llevan sin transición de una alegría salvaje a una postración profunda, su individualismo y su desprecio de las palabras "deber" y "propiedad" (un gitano lo posee todo y nada).

Pero, no sólo en su país de nacimiento fueron los gitanos perseguidos y maltratados. La crueldad de los blancos se ensañó con ellos hasta el exterminio y la deportación en masa, como ocurrió no hace mucho tiempo en la Europa occidental. Así, Luis XII, rey de Francia, condenó a las galeras a todos los gitanos que persistieran en sus instintos nómades después de transcurrido cierto tiempo. Más tarde se puso a precio su captura. Hace apenas veinte años, un barón alemán volvió de una partida de caza con las cabezas de una mujer gitana y su hijo.

En Inglaterra, a fines del siglo XVI, fueron ejecutados dos... tos gitanos bajo la inculpación de dedicarse a la vagancia y el robo. Pero fué durante el siglo XVIII cuando los europeos persiguieron con mayor ferocidad que en ninguna otra época a estos modernos parias. Una especie venida de Hungría, al atribuir a los gitanos instintos de caníbales, desencadenó contra ellos el odio del populacho, y las matanzas fueron generales. ¿El cargo era fundado? Debemos más bien plantear la cuestión de este otro modo: ¿aun persisten, entre algunos de ellos, los instintos antropofágicos? Harto difícil sería saberlo, pero el caso es que en 1927, en Budapest, fueron condenados a muerte cinco gitanos, acusados de asesinar y de comer a seres humanos.

Se calcula que hay actualmente en Europa, sin contar los "tsiganés", más de un millón de gitanos, y esa cifra aumenta de año en año, pues el gitano es uno de los pueblos más prolíficos de la tierra.

El Sr. Tuohy establece en su artículo una tabla de las cualidades y los defectos más salientes de la raza gitana. Hela aquí:

Su música, colorido, alegría de vivir, amor de la libertad, pacto con la naturaleza, desprecio por los prejuicios sociales, su caudal artístico, su altivez, la inalterabilidad de su carácter, tomado en conjunto, a pesar de las penurias sufridas; su lealtad para con la tribu.

Su suciedad, gula, inmoralidad, degeneración, instinto de robo, del secuestro, crueldad hacia los niños y los animales, depredaciones, caza furtiva, afición por las obscenidades, culto de la mentira, asaltos callejeros, pereza.

En los países balcánicos hay arriba de 700.000 gitanos, divididos en quinientas tribus distintas, en eterna lucha entre sí. Sólo en un punto concuerdan todas: cualquiera que sea la causa de la disputa, el asunto debe permanecer siempre "en familia", sin intervenciones ajenas.



Francia se muestra acogedora para los bohémiens; acaso con exceso, pues el caudal de gitanos que cruzan sus fronteras aumenta cada día. Hay en los alrededores de París, en Montreuil, un gran campamento de nómades, y la miseria, las enfermedades, la inmoralidad y la promiscuidad que allí imperan empiezan a preocupar seriamente a las autoridades del municipio. Hay madres de once años, y no son raros los casos de poligamia, para no mencionar los de poliandria. A esto los gitanos contestan: "¡Nuestras mujeres son más felices que las vuestras!", lo cual se explica hasta cierto punto, por cuanto entre ellos no es tachada de infiel la mujer que se vendió a otro por dinero.

El autor del artículo narra una curiosa anécdota que muestra la ingénita repugnancia de los gitanos en ... sus cosas a los extranjeros. ... día, —dice Ferdinand ...— un grupo de bohémiens con quienes trabé amistad, me dió una lección que no olvidaré por mucho tiempo. Al separarnos les pedí que me enseñaran algunas palabras de caló, su idioma nacional, para el caso de que me encontrase con otros gitanos. Sin hacerse rogar, me hicieron aprender de memoria unas cuantas palabras, que días más tarde me apresuré a repetir a una segunda caravana. Al oirme, los ojos de mis interlocutores tuvieron una mirada sardónica. Supe entonces que las palabras en cuestión significaban que yo era un necio blanco, y que valía a lo sumo diez francos".

El autor no vacila en afirmar que en las venas de los vascos corre sangre gitana, si bien oficialmente el misterio de su origen perdura. Comprenden el caló, y algunas de sus características raciales son afines. Los casamientos entre vascos y gitanos no son raros, aunque de resultados generalmente poco satisfactorios.

"Desde su aparición en Europa, —dice para terminar el articulista— se ha venido prediciendo la inminente extinción de la raza gitana. Lo que ocurre hoy día es exactamente lo contrario, pues gracias al aporte de los tziganés, las tribus empiezan a adquirir una vitalidad nueva, y con ella la conciencia de su importancia como factor social en el desenvolvimiento de las naciones de Europa."

Hay indicios de que las tribus nómades que recorren Europa sin descanso, llevando por todas partes la nota pintoresca de sus trajes y sus antiquísimas tradiciones, van a conocer otros malos días. No se trata ya, por supuesto, de perseguirlos y darles muerte como en el pasado, sino de "tenerlos a mano", deportándolos si se considerase necesario, o encerrándolos simplemente en campos de concentración. Mientras tanto se trabaja activamente en el sentido de hacer más rigurosa la ley a su respecto, y los castigos más severos. Tal ocurre en Austria, Rusia, Checoeslovaquia, Alemania, Hungría y Suiza, motivando una fuerte corriente emigratoria de gitanos hacia Francia y España, que son, hoy por hoy, los únicos países donde pueden vivir en una paz relativa. Por su intensidad, el éxodo que acaba de iniciarse no tiene precedentes en la historia de la tribu. Las carreteras que bordean el Mediterráneo están literalmente plagadas de gitanos en marcha, mientras en los alrededores de las ciudades los campamentos se multiplican.

Además de la causa mencionada más arriba, la razón de ese éxodo en masa se debería — según el Sr. Tuohy— a los cambios profundos que produjo en las condiciones de vida de las tribus gitanas la crisis de los últimos años. Esos cambios habrían sido motivados principalmente por: 1o.) la resolución adoptada por ciertos gobiernos de no tolerar en adelante a seres improductivos; 2o.) la considerable disminución de sus tradicionales fuentes de entrada, tales como la venta de calderas y canastos, quiromancia, exhibición de osos y pulgas domesticadas, compostura de zapatos, carpintería, danzas en la vía pública, robo, prostitución, encantamientos, etcétera, incluyendo la mendicidad; 3o.) el gran aumento de "tsiganés", sea individuos de la raza blanca sin trabajo, que se unen a las caravanas ambulantes dispuestos a compartir sus tribulaciones antes que morir de hambre. — A. H.



LA ERUDITA MAQUINA

PADILLA estaba más necesitado que nunca de dinero, porque, en verano, sus ingresos disminuían, y acababa de renunciar al destino que con cierto periódico pagaba, por cuenta del Estado, su colaboración.

Al oír esto, el señor Picos opinó que había hecho un disparate, y meneó gravemente la cabeza.

—El Estado es un buen patrón — dijo.

—¡Al diablo con todos! —gruñó Padilla —. Si no me voy, me echan. Es muy fácil hablar así. ¿Sabéis vosotros lo que era aquel empleo?

Apuró su cerveza con un gesto malhumorado, y, de pronto, se echó a reír.

—En medio de todo, tiene gracia... Resolvieron agregarme a la Dirección de Aduanas. La oficina era tan sucia, que, cuando caía un legajo en el suelo se levantaba tal polvareda, que podíamos marcharnos sin que nos viese el oficial primero. Pero esto tiene poca importancia. Un día comprobó el arquitecto que aquella capa de polvo era precisamente la que nos sostenía, porque las maderas del piso habían desaparecido hacía diez años, devoradas por la carcoma. Sin el polvo, nosotros, las mesas y los armarios hubiésemos caído al piso inferior y hubiésemos muerto. Fué providencial.

Apenas comparecí, el jefe del negociado me encargó de comprobar las cuentas de la Aduana de Corcubión. El ingreso era de veinte mil pesetas. Yo objeté caballerosamente:

"—Me parece que no debiéramos desconfiar de unos compañeros. Cuando ellos dicen que esto es lo recaudado...

"El jefe me miró con extrañeza:

"—Sí, sí, pero es preciso comprobar. ¿Para qué estamos aquí?

"Yo no sabía ciertamente para qué estábamos allí. Pregunté:

"—¿Y cómo se hace esto?

"—¡Diablo! ¡Creo que es bien fácil! Hay que sumar y multiplicar.

"Entonces hice un gesto como ... a entender que si todo ... ...educía a ... ..., aquello ... ... mundo. ... ... aprendido en la niñez, pero desde entonces nunca he tenido que multiplicar nada, y llegué a considerar que era un conocimiento caprichoso e inútil, de puro lujo. Se me fué olvidando. Sobre todo el pie de 8 y el de 9. Creo que en la niñez tampoco los he sabido muy bien. En cambio, multiplico por 1, por 2 y por 5 satisfactoriamente, con un error máximo de tres unidades. Pues bien: en aquellas cuentas de Corcubión había que estar multiplicando siempre por 9 o por 8. Sufrí bastante. Al fin, me acerqué al jefe con el rostro ceñudo:

"—Veo que tenía usted razón en desconfiar. Según mis cálculos, no son 20.000 pesetas. Son 2.000.000 de pesetas.

"El jefe afirmó que nunca se había podido recaudar tal suma en aquella Aduana, y mandó que rehiciese la operación. Regresé al cabo de pocas horas.

"—Confieso que estaba equivocado — dije —: ahora veo que el total es de 20 pesetas.

"El jefe me miró severamente.

"—¿Veinte pesetas?... ¿No hay tres ceros más?

"Examiné mi trabajo.

"—No — contesté un poco receloso, pero fingiendo entereza —: ceros... así de importancia, no hay ninguno más.

"Entonces el jefe dió un puñetazo en la mesa y aseguró que yo le haría parar en la cárcel. Después me llevó a una habitación próxima y me enseñó un extraño artefacto.

"—Va usted a trabajar aquí.

"—¿Y qué es esto?

"—Es una máquina de multiplicar.

"¡Una máquina de multiplicar! Parece que, en efecto, era tal cosa. Se ponían los números en un sitio, se hacía girar un manubrio y salía el resultado. Pedí que multiplicase por 89, y multiplicó por 89. Creo recordar que fué tan grande mi asombro que empecé a tratar a la máquina de "usted". Antes de marchar, dije a mi jefe:

"—No podré nunca tocar esta máquina. Esta máquina es para mí como un superior jerárquico, como un delegado de Hacienda o un director general. Comprendo que no la ... olvidarla nunca ... que hablaré siempre de ella a mis amigos. Me voy. ... sueldo. No ... ... en su presencia ...

W. FERNANDEZ FLOREZ.

CAMINOS DE LA SALUD

DESDE estas presentes columnas estudiaremos una serie de temas que merecerán el interés de todos aquellos que se proponen seguir un régimen en estado de salud o cuando una enfermedad ha invadido su organismo.

Emplearemos un lenguaje fácil, sin tecnicismos, para ser comprendidos por todos aquellos que no sepan ni la A de la medicina. No nos dirigimos a los enfermos cuyo estado sea delicado y que precisan por lo tanto diagnóstico, tratamiento o consejos de un facultativo.

Trataremos sucesivamente el régimen a seguir en la constipación intestinal, (sequedad de vientre), dolencias del estómago, del riñón, del hígado, etc.

Podemos comparar el cuerpo humano al motor de una máquina cuyas piezas delicadas necesitan de múltiples atenciones, tanto más asiduas cuanto que es imposible reponerlas. La salud perdida es tesoro difícil de reconquistar.

La inmensa mayoría de las enfermedades son atendidas recién cuando el enfermo siente dolor, lo cual importa un abandono, pues hay graves enfermedades en que el dolor brilla por su ausencia y no aparece sino al último.

Los alimentos deficientes o excesivos o mal preparados o ingeridos en forma desordenada, producen infinidad de dolencias, que iremos estudiando y serán tema de estas conversaciones.

Una de las partes de la medicina es la terapéutica, que estudia el tratamiento de las enfermedades, ya por medio del frío, del calor, de la electricidad, de los rayos X, del radium, ya por medicamentos de origen vegetal o químico. En los últimos años se ha tratado de conformar la Medicina con la Naturaleza. De ahí que como rama de la Terapéutica nació la Dietética que trata de las reglas relativas a los alimentos y de su aplicación al estado de salud y al de enfermedad bajo la forma de regímenes alimenticios.

... régimen alimen... ... de al... ... ... es toda ... materia que introducida en la economía puede servir para la nutrición, crecimiento y desarrollo, siendo de considerar que los procesos digestivos y de asimilación producen combustiones internas que mantienen al hombre a una temperatura constante, que nada tiene que ver con la temperatura ambiente de la atmósfera.

Un termómetro colocado en la boca o en la axila del hombre sano no debe marcar arriba de 37 grados, cualquiera que sea el frío o el calor del ambiente.

Existe, pues, en el hombre un centro regulador de la temperatura, que funciona con el aporte alimenticio. Los regímenes deben variar según el estado de salud o de enfermedad. En estado sano se consume una cantidad de alimentos que forman el régimen normal o necesario; en estado de enfermedad, una ración menor, y elegida, salvo en el tratamiento dietético de la tuberculosis, que es la sobrealimentación.

El régimen de un enfermo del intestino no es siempre el de un enfermo del hígado o del riñón.

Hay que distinguir un régimen de salud de los muchos regímenes de enfermedades. En todos ellos deben figurar en la composición de los alimentos: el agua, las sales (cal, fósforo, hierro, etc.) las grasas, los hidratos de carbono (el azúcar común es un hidrato de carbono), las proteínas (sustancias que se parecen a la albúmina del huevo). Los alimentos deben contener lo que ahora se llama "vitaminas": vale decir sustancias de naturaleza química mal definida y de acción energética casi nula, puesto que no producen calor, pero cuya importancia funcional es considerable.

La ausencia de estas vitaminas importa serios perjuicios a la salud. Ya indicaremos más adelante en qué alimentos se hallan.

¿Cuál es el régimen que conviene a una persona sana? Contestaremos prácticamente:

No hay cálculos o tablas que consultar. Cada persona puede averiguar cuál es su alimentación adecuada, en cantidad y en calidad, guiándose sólo por las sensaciones de su apetito y por su sensación digestiva. Estas constituyen la mejor guía de una persona en plena salud.

Doctor Carlos RUIZ

"SIETE FILOS" ★ por David Alfaro Siqueiros



MI vida empieza cuando se extingue la de "Siete Filos". "Siete Filos" es mi más lejano recuerdo y sin embargo tan nítido como el más reciente. Todavía me duelen los cuartazos, los machetasos y las mentadas de madre de "Siete Filos"... que quiso hacerme hombre a "punta de cabronazos", según sus textuales palabras. Sus reveses eran pavorosos. ¡Qué cosa espantosa eran de veras los reveses de "Siete Filos"! Me los aplicaba con su mano izquierda retorcida por un balazo en la muñeca y con cada uno de ellos me embarraba en la tierra y frecuentemente me ensangrentaba toda la cara. Los bezasos de la mano chueca de "Siete Filos" me hacían más daño que los chirrionazos mexicos de su machete oaxaqueño. "Ogaperros" le llamaban los mozos de la Hacienda a esa clase de tortura. Los berrinches y blasfemias intermitentes de "Siete Filos" retachaban como rayos en los murallones de la Casa Grande de la "Noria", en donde vivíamos mis hermanitos y yo bajo el amparo de Eusebita Palomino, nuestra "mamá grande", esposa de "Siete Filos", padre de nuestro papá Cipriano. En la Hacienda de "La Noria" crecíamos, Chucho, de cinco años, Lucha, de ocho y yo, de siete. "Siete Filos" nos educaba y acariciaba con el puño cerrado y Eusebita con la palma de la mano.

Jinete "chinaco", lancero del indio Juárez, en las guerras de Reforma y contra la invasión francesa, el Coronel Don Antonio Alfaro Sierra, se ganó el apodo de "Siete Filos" por su mal genio terrible, que lo arrastraba constantemente desde los más espantosos ataques de furia hasta los más retributivos arrepentimientos. "Siete Filos" golpeaba sin piedad pero regalaba después todo lo que tenía, hasta sus cuacos y sillas plateadas de montar. Eran así frecuentes los casos en que sus subalternos, los sirvientes, provocaban premeditadamente sus iras para merecer después espléndidas compensaciones.

No pudiendo ya guiar tropas de hombres arreaba tropas de toros a los ochenta años, que compraba en regiones ganaderas para trasportarlas y venderlas en las que no lo eran. Algunas de sus marchas fueron causa de asombro por las distancias y carácter geográfico de las regiones atravesadas: de la costa de Fuego, donde abunda el ganado ladino, pasando por las selvas pantanosas del trópico, hasta remontar las sierras nevadas, y cruzar los desiertos arenosos, con grietas enormes que se abren para tragar a los hombres.

Una cerrada balacera fué siempre el anuncio fervoroso de su llegada al galope con sus caporales a la Hacienda... y si esta vuelta nos encontraba a mi hermano y a mí retozando fuera de la Casa Grande, había que correr precipitadamente a resguardarse tras una piedra alta para librarse de sus disparos certeros que nos cruzaban silbando o salpicaban de astillas de piedra. Así daba "Siete Filos" su gran alegría a la vez que reanudaba de nuevo nuestro aprendizaje de dignos descendientes suyos.

"Querer es apretar hasta rechingar" acostumbraba decir cuando nos despertaba a medianoche para hacernos cosquillas durante largas horas... hasta que perdíamos el sentido... después de un horrible vía crucis de risas nerviosas, carcajadas quebradas, llantos desesperados y gritos de angustia infinita que se perdían en la soledad de la Hacienda.

Otras veces "Siete Filos" nos arrancaba como raíces de la cama y durmiendo profundamente aún nos ponía de pie para gozar de la batalla desesperada nuestra con el sueño de piedra de todos los niños.

Antes que a leer y a escribir "Siete Filos" me enseñó a perseguir y a matar perros del "mal". Vivíamos en la región más árida de México, que es posiblemente el país peor regado del mundo. En el bajío reseco donde un cántaro de agua fresca vale cincuenta centavos de plata. Por eso en verano los perros, de rabia hacen grandes estragos entre las gentes y bestias de las rancherías. Para extinguir a los animales enfurecidos por la enfermedad de la sed, "Siete Filos" y yo hacíamos grandes recorridos a caballo. Mi abuelo montaba "La Brasa", yegua colorada retinta, o bien en el "Mojino", caballo prieto de gran alzada. A mí me trepaban en "El Pescadito" caballo chaparro que caminaba en la tierra haciendo culebrillas como los peces en el agua. Salíamos al paso de la Casa Grande de la Hacienda, pero ya fuera de sus corralones y al traspasar los potreros, "Siete Filos" metía espuelas y así empezaba un galope desenfrenado entre nubes cerradas de polvo fino como de cristal pulverizado. Frecuentemente los "arrancones" y "jalones" desesperados de mi caballito, que se esforzaba por seguir la marcha del recio "Cuaco" de "Siete Filos" me obligaban a agarrame atemorizado de la cabeza de la silla. Ver esto mi abuelo y sacar el machete era un solo impulso! "Siete Filos" no podía tener nietos cobardes! Entonces jinete y caballo recibíamos una zarabanda feroz de planazos con el machete y de encontronazos con la bestia mayor, que nos precipitaban a todos en una carrera enloquecida, acompañada de insultos descarnados. No había que llorar entonces porque las lágrimas de los nietos de "Siete Filos" tenían la virtud de multiplicar los golpes. Después seguían las pesquisas indispensables para encontrar la pista del animal atacado del "mal". Las mujeres indias salían de los "jacales" para darnos indicaciones: "Es un perro grande, color de vejiga, con ojos de agua"... y el galope se reanudaba. Cinco, diez, veinte rancherías y nos poníamos a tiro de fusil del animal. Cinco, diez balazos no valían para doblarlo y éste seguía trazando violentamente una línea roja interminable con su sangre! "Los perros, de rabia, tienen adentro el enemigo malo y por eso son tan duros para morir". Era necesario que "Siete Filos", emparejándole su caballo, lo destasara a machetazos. Después llamábamos a la peonada del pueblo más próximo para que quemaran y enterraran el cadáver destrozado y babeante. No era raro que esta escena se repitiera hasta cinco veces en un mismo día.

A nuestro enorme perro "El diablo" le tocó su turno. Seguramente por contagio. Antes de agarrar el "mal" "El diablo" debía ya una vida de hombre y decenas de vidas de perros, así era de terrible. Jamás se precipitaba en sus ataques, pero cuando agredía, era invariablemente para matar. Al hombre que mató le decían el judío errante, porque era un mendigo que sin detenerse recorría toda la región. Una madrugada fué encontrado su cadáver destrozado, con los intestinos afuera, en el camino real, frente al portón grande de la entrada de la Hacienda, bajo la estatua de piedra negra del "señor del veneno". "El diablo" fué mi mejor amigo de los primeros años. No solamente era el más bravo guardián de la Casa Grande, sino que me ayudó también a dar los primeros pasos prestándome sus pequeñas y duras orejas. En muchas ocasiones abría su enorme hocico para que yo le pusiera una migaja de pan en la laringe, después de encajarle todo el brazo hasta el codo. Supimos que a "El diablo" le había dado la rabia porque precipitadamente cerraron los caballerangos todas las puertas de la casa de la Hacienda y prepararon sus carabinas para balearlo desde la azotea. Ese acontecimiento me causó una pena horrible. Cuando le chiflaron los primeros balazos salió huyendo y ladrando de manera siniestra. ¡Jamás perro alguno del "mal" causó mayores estragos en los lugares circunvecinos! Su trayectoria estaba sembrada de cadáveres de perros rancheros, y bestias lastimadas por sus feroces mordiscos, se encontraban por todas partes. La inevitable persecución de "El diablo" se inició con retardo, porque cuando éste dió síntomas de locura, "Siete Filos" no se encontraba en el casco de la Hacienda. Regresó tarde y la partida se inició cuando la tarde ya caía.

Así fué cómo la persecución de "El diablo", de color negro profundo hasta los dientes, se llevó a cabo durante la noche. Una vaga esperanza me decía que "El diablo" no había sido atacado del mal. Quizás había sido una simple equivocación de los caporales de la Hacienda. Indudablemente me iba a reconocer cuando me viera y escuchara mi habitual chiflido. Por eso en esta ocasión no tenía yo necesidad de agarrarme de la cabeza de la silla. Me había vuelto tan buen jinete como "Siete Filos". Lo que quería era estar pronto cerca de "El diablo". Ahora era yo, quien metía las espuelas con más ahinco. Ahora era yo quien encabezaba desbocadamente el galope. "El pescadito" parecía solidarizarse con mi impulso. Tres horas de carrera y alcanzamos a ver la sombra alta de "El diablo" en la cañada del Agüilote. El animal volvió la cabeza para observarnos con los ojos enrojecidos sin detener su marcha. Agitaba la flema roja de su lengua en la sombra. Babeaba y tenía un temblor mortal en todo el cuerpo. Permaneció sordo por completo a mis vehementes llamados y después de aullar afónicamente, terroríficamente, continuó su tambaleante carrera enloquecida, a la vez que "Siete Filos" desenfundaba su carabina 30-30. En esta ocasión la vehemencia de matar era en "Siete Filos" más violenta que nunca. ¿El destello de un impulso de piedad en el chinaco indurecido por la guerra de toda su vida? ¿Un destello de lástima? El hecho es que "Siete Filos" cortaba cartuchos sin descanso y disparaba como ametralladora, haciendo esfuerzos cada vez más grandes para precisar su puntería. "El diablo" contestaba a cada bala recibida con un rugido sordo y seco y su carrera era cada vez más tambaleante y desencajada. El machete sustituyó al rifle y la persecución se hizo frenética por entre punzantes matorrales que le rasgaban el encuentro y los ijares a "La Brasa" potente.

Yo estaba delante de una batalla tremenda entre dos fuerzas... entre dos seres indudablemente crueles y sin embargo muy queridos para mí. Perseguido y perseguidor formaban un remolino salvaje entre una maleza hirviente de espinas. "El diablo", herido, se revolvía frenético contra mi padre grande. Dos o tres veces consiguió clavar sus colmillos en el refuerzo del estribo. El machete, al romper los huesos sonaba rispidamente en la noche.

La respiración atropellada de las tres fieras agitadas llegaba claramente hasta mis oídos. Mis ojos llegaron a palpar las salpicadas de sangre... Sufrí horriblemente con ese dolor seco que no da lágrimas para llorar. Fué la primer batalla en que no participé de manera activa. Mi neutralidad fué cobardemente evidente. "El diablo" quedó tendido en el suelo. "Siete Filos" saltó eléctricamente de su yegua colorada y le deshizo el cráneo a machetazos. Los relámpagos de sus golpes férreos cruzaron decenas de veces las sombras de la noche. Jamás lo ví golpear con más furor. La violencia de "Siete Filos" en esta ocasión proyectó una claridad muy grande. Todos tuvimos fuerzas para recorrer serenamente el camino bordeado de guizaches que nos separaba de la "Noria".

HISTORIA UNIVERSAL DE LA INFAMIA

Eastman, el Proveedor de Iniquidades

PERFILADOS bien por un fondo de paredes celestes o de cielo alto, dos compadritos envainados en seria ropa negra bailan sobre zapatos de mujer un baile gravísimo que es el de los cuchillos parejos, hasta que de una oreja salta un clavel porque el cuchillo ha entrado en un hombre, que cierra con su muerte horizontal el baile sin música. Resignado, el otro se acomoda el chambergo y consagra su vejez a la narración de ese duelo tan limpio. Esa es la historia detallada y total de nuestro malevaje. La de los hombres de pelea de Nueva York es más vertiginosa y más torpe.

La historia de las bandas de Nueva York (revelada en 1928 por Herbert Asbury en un decoroso volumen de cuatrocientas páginas en octavo) tiene la confusión y la crueldad de las cosmogonías bárbaras, y mucho de su ineptitud gigantesca: Sótanos de antiguas cervecerías habilitadas para conventillos de negros, una raquítica Nueva York de tres pisos, bandas de forajidos como los Angeles del Pantano (Swamp Angels) que merodeaban entre laberintos de cloacas, bandas de forajidos como los Daybreak Boys (Muchachos del Alba) que reclutaban asesinos precoces de diez y once años, gigantes solitarios y descarados como los Galerudos. Fieros (Plug Uglies) que procuraban la inverosímil risa del prójimo con un firme sombrero de copa lleno de lana y los vastos faldones de la camisa ondeados por el viento del arrabal, pero con un garrote en la diestra y un pistolón profundo, bandas de forajidos como los Conejos Muertos (Dead Rabbits) que entraban en batalla bajo la enseña de un conejo muerto en un palo, hombres como Johnny Dolan el Dandy, famoso por el rulo aceitado sobre la frente, por los bastones con cabeza de mano y por el fino aparatito de cobre que solía calzarse en el pulgar para vaciar los ojos del adversario, hombres como Kit Burns, capaz de decapitar de un solo mordisco una rata viva, hombres como Blind Danny Lyons, muchacho rubio de ojos muertos inmensos, rufián de tres rameras que circulaban con orgullo por él, filas de casas de farol colorado como las dirigidas por siete hermanas de New England que destinaban las ganancias de Nochebuena a la caridad, reñideros de ratas famélicas y de perros, casas de juego chinas, mujeres como la repetida viuda Red Norah, amada y ostentada por todos los carones que dirigieron la banda de los Gophers, mujeres como Lizzi the Dove, que se enlutó cuando lo ejecutaran a Danny Lyons y murió degollada por Gentle Maggie, que le discutió la antigua pasión del hombre muerto y ciego, motines como el de una semana salvaje de 1863, que incendiaron cien edificios y por poco se adueñan de la ciudad, combates callejeros en los que el hombre se perdía como en el mar porque lo pisoteaban hasta la muerte, ladrones y envenenadores de caballos como Yoske Nigger — tejen esa caótica historia. Su héroe más famoso es Edward Delaney, alias William Delaney, alias Joseph Marvin, alias Joseph Morris, alias Monk Eastman, jefe de mil doscientos hombres.

El héroe

Esas fintas graduales (penosas como un juego de caretas que no se sabe bien cuál es cuál) omiten su nombre verdadero — si es que nos atrevemos a pensar que hay tal cosa en el mundo. Lo cierto es que en el Registro Civil de Williamsburg, Brooklyn, el nombre es Edward Ostermann, americanizado en Eastman después. Cosa extraña, ese malevo tormentoso era hebreo. Era hijo de un patrón de restorán de los que anuncian Koshar, donde varones de rabínicas barbas pueden asimilar sin peligro la carne desangrada y tres veces limpia de terneras degolladas con rectitud. A los diecinueve años, hacia 1892, abrió con el auxilio de su padre una pajarería. Curiosear el vivir de los animales, contemplar sus pequeñas decisiones y su inescrutable inocencia, fué una pasión que lo acompañó hasta el final. En ulteriores épocas de esplendor, cuando rehusaba con desdén los cigarros de hoja de los pecosos sachems de Tammany o visitaba los mejores prostíbulos en un coche automóvil precoz, que parecía el hijo natural de una góndola, abrió un segundo y falso comercio, que hospedaba cien gatos finos y más de cuatrocientas palomas — que no estaban en venta para cualquiera. Los quería individualmente y solía recorrer a pie su distrito con un gato feliz en el brazo, y otros que lo seguían con ambición.

Era un hombre ruinoso y monumental. El pescuezo era corto, como de toro, el pecho inexpugnable, los brazos peleadores y largos, la nariz rota, la cara aunque historiada de cicatrices menos importante que el cuerpo, las piernas chuecas como de jinete o de marinero. Podía prescindir de camisa como también de saco, pero no de una galerita rabona sobre la ciclópea cabeza. Los hombres cuidan su memoria. Físicamente, el pistolero convencional de los films es un remedo suyo, no del epiceno y fofo Capone. De Wolheim dicen que lo emplearon en Hollywood, porque sus rasgos aludían directamente a los del deplorado Monk Eastman... Este solía recorrer su imperio forajido con una paloma de plumaje azul en el hombro, igual que un toro con un benteveo en el lomo.

Hacia 1894 abundaban los salones de bailes públicos en la ciudad de Nueva York. Eastman fué el encargado en uno de ellos de mantener el orden. La leyenda refiere que el empresario no lo quiso atender y que Monk demostró su capacidad, demoliendo con fragor el par de gigantes que detentaban el empleo. Lo ejerció hasta 1899, temido y solo.

Por cada pendenciero que serenaba, hacía con el cuchillo una marca en el brutal garrote. Cierta noche, una calva resplandeciente



que se inclinaba sobre un bock de cerveza le llamó la atención, y la desmayó de un mazazo. ¡Me faltaba una marca para cincuenta! exclamó después.

Desde 1899, Eastman no era sólo famoso. Era caudillo electoral de una zona importante, y cobraba fuertes subsidios de las casas de farol colorado, de los garitos, de las pindongas callejeras y los ladrones de ese sórdido feudo. Los comités lo consultaban para organizar fechorías, y los particulares también. He aquí sus honorarios: 15 dólares una oreja arrancada, 19 una pierna rota, 25 un balazo en una pierna, 25 una puñalada, 100 el negocio entero. A veces, para no perder la costumbre, Eastman ejecutaba personalmente una comisión.

Una cuestión de límites (sutil y malhumorada como las otras que posterga el derecho internacional) lo puso enfrente de Paul Kelly, famoso capitán de otra banda. Balazos y entreveros de las patrullas habían determinado un confín. Eastman lo atravesó un amanecer y lo acometieron cinco hombres. Con esos brazos vertiginosos de mano y con la cachiporra hizo rodar a tres, pero le metieron dos balas en el abdomen y lo abandonaron por muerto. Eastman se sujetó la herida caliente con el pulgar y el índice y caminó con pasos de borracho hasta el hospital. La vida, la alta fiebre y la muerte se lo disputaron varias semanas, pero sus labios no se denigraron a delatar a nadie. Cuando salió, la guerra era un hecho y floreció en continuos tiroteos hasta el diecinueve de agosto del novecientos tres.

La batalla de Rivington

Unos cien héroes vagamente distintos de las fotografías que estarán desvaneciéndose en los prontuarios, unos cien héroes saturados de humo de tabaco y de alcohol, unos cien héroes de sombrero de paja con cinta de colores, unos cien héroes afectados quien más quien menos de enfermedades vergonzosas, de caries, de dolencias de las vías respiratorias o del riñon, unos cien héroes tan insignificantes o espléndidos como los de Troya o Junín, libraron ese renegrido hecho de armas, en la sombra de los arcos del Elevated. La causa fué el tributo exigido por los pistoleros de Kelly al empresario de una casa de juego, compadre de Monk Eastman. Uno de los pistoleros fué muerto, y el tiroteo consiguiente creció a batalla de incontados revólvers. Desde el amparo de los altos pilares hombres de rasurado mentón tiraban silenciosos, y eran el centro de un despavorido horizonte de coches de alquiler, cargados de impacientes refuerzos, con artillería Colt en los puños. ¿Qué sintieron los protagonistas de esa batalla? Primero (creo) la brutal convicción de que el estrépito insensato de cien revólvers los iba a aniquilar enseguida; segundo (creo) la no menos errónea seguridad de que si la descarga inicial no los derribó, eran invulnerables. Lo cierto es que pelearon con fervor, parapetados por el hierro y la noche. Dos veces intervino la policía y dos la rechazaron. Al primer vislumbre del amanecer el combate murió, como si fuera obsceno o espectral. Debajo de los grandes arcos de ingeniería quedaron siete heridos de gravedad, cuatro cadáveres y una paloma muerta.

Los políticos parroquiales a cuyo servicio estaba Monk Eastman, siempre desmintieron públicamente que hubiera tales bandas, o aclararon que se trataba de meras sociedades recreativas. La indiscreta batalla de Rivington los alarmó. Citaron a los dos capitanes para intimarles la necesidad de una tregua. Kelly (buen sabedor de que los políticos eran más aptos que todos los revólvers Colt para entorpecer la acción policial) dijo acto continuo que sí; Eastman (con la soberbia de su gran cuerpo bruto) ansiaba más detonaciones y más refriegas. Empezó por rehusar y tuvieron que amenazarlo con la prisión. Al fin los dos ilustres malevos conferenciaron en un bar, cada uno con un cigarro de hoja en la boca, la diestra en el revólver, y su vigilante nube de pistoleros alrededor. Arribaron a una decisión muy americana: confiar a un match de box la disputa. Kelly era un boxeador habilísimo. El duelo se realizó en un galpón y fué estrafalario. Ciento cuarenta espectadores lo vieron, entre compadres de galera torcida y mujeres de frágil peinado monumental. Duró dos horas y terminó en completa extenuación. A la semana chisporroteaban los tiroteos. Monk fué arrestado, por enésima vez. Los protectores se distrajeron de él con alivio; el juez le vaticinó, con toda verdad, diez años de cárcel.

Eastman contra Alemania

Cuando el todavía perplejo Monk salió de Sing Sing, los mil doscientos forajidos de su comando estaban desbandados. No los supo juntar y se resignó a operar por su cuenta. El ocho de setiembre de 1917 promovió un desorden en la vía pública. El nueve, determinó participar en otro desorden y se alistó en un regimiento de infantería.

Sabemos varios rasgos de su campaña. Sabemos que desaprobó con fervor la captura de prisioneros y que una vez (con la sola culata del fusil) impidió esa práctica deplorable. Sabemos que logró evadirse del hospital para volver a las trincheras. Sabemos que se distinguió en los combates cerca de Montfaucan. Sabemos que después opinó que muchos bailecitos del Bowary eran más bravos que la guerra europea.

El misterioso, lógico fin

El veinticinco de diciembre del 1920, el cuerpo de Monk Eastman amaneció en una de las calles centrales de Nueva York. Había recibido cinco balazos. Desconocedor feliz de la muerte, un gato de lo más ordinario lo rondaba con cierta perplejidad.

Jorge Luis Borges

TRABACA PEPE, ★ *Cuento de Julio César Dabove*

LO inesperado de la noticia había tironeado de nuestra curiosidad. Estábamos en aquel momento en la estación del pueblo del Pilar, como habitualmente lo hacíamos entonces a la tarde. Allí se concurría para sacudir el aburrimiento de la vida incolora local con el espectáculo siempre interesante que se ofrecen recíprocamente ambos sexos. Las mujeres pasaban cien veces, como si les fuera preciso exhibirse siempre en movimiento, y los hombres, parados a lo largo del andén, las miraban sin saciarse.

Cuando nos enteraron del crimen ocurrido horas antes, nos reunimos en rueda, descuidando por un momento las formas femeninas, para comentar la noticia.

Los personajes que actuaron en aquel drama grotesco y trágico multiplicaban el interés.

La noticia era esta: "Juanín" había sido asesinado esa mañana por "Trabacapepe". Este, después de ahorcarlo, fué a embriagarse como "sabía hacerlo" en el almacén "La Rosada", donde fué detenido.

El crimen resultaba monstruoso, pues el victimario, aprovechando la impotencia de "Juanín" — atacado de parálisis desde dos días atrás — lo ultimó, tomándolo indefenso, como a una criatura. Según aquellos informes, resultaba pueril pensar en un suicidio, pues era inverosímil que "Juanín", impedido como estaba, hubiera logrado colgarse. Se lo había encontrado, en efecto, pendiente de un tirante, con los pies a medio metro del suelo.

Un muchacho de nuestro grupo, que veraneaba en el pueblo, extrañado por el gran interés que tomábamos, preguntó si conocíamos mucho a los actores del drama.

—...¿"Juanín" y "Trabacapepe"?

Se lo miró con indulgencia. Evidentemente, quien eso preguntaba no era del pueblo. Fué preciso informarlo.

Ni un solo vecino había dejado de tratarlos alguna vez, y a uno de ellos sobre todo, a "Juanín", se lo conocía en muchas leguas a la redonda. Corrían frases hechas ligadas con su nombre, eufemismos intencionados, corrientes, familiares, casi regionalismos que vivirán largos años, sin duda, en estos lugares:

—"¡Todos terminaremos en lo de "Juanín"!"

—"¡Ese está por visitar a "Juanín"!"

Cuarenta años de enterrador justificaban su popularidad y extrañas historias, que hacían estremecer a las mujeres, rodeaban de una aureola prestigiosa y macabra a ese hombre que había vivido su vida entre los muertos.

Era un sepulturero perfecto, especializado, encariñado con su oficio como si hubiera acertado con la vocación. Cuando niños, nadie nos hubiera convencido de que aquel hombre — bajo, gordo, cargado de espaldas, con una cabeza semejante a una sandía acostada directamente sobre los hombros, sin mediar el cuello, con aquella cara enrojecida y algo feroz, terminada en pico por el avance de la nariz y la depresión de la frente y de la barba — nadie, digo, nos hubiera presuadido de que semejante sujeto no realizaba el prototipo del enterrador. Por lo demás, era una persona buena, reconcentrada y dueña de una memoria prodigiosa en cuanto se refería a sus muertos. Más de una vez, y a consecuencia de la pérdida de un registro, los empleados municipales debieron apelar a sus fieles recuerdos, fiando más en la palabra del sepulturero que en la de los propios deudos del extinto cuyo cadáver originaba la búsqueda. Su vida estaba sembrada de referencias. Abría una caja mortuoria con la despreocupación de quien destapa una lata de sardinas; sus manos, con dedos casi tan cortos como los de los pies, llevaban y traían despojos humanos aún, sin ascos ni remilgos, incrédulo de las infecciones, y cuando, en alguna exhumación, un tirón violento roció su rostro con un chorro fétido, se refregó con el brazo como si fuera una salpicadura de agua fresca. En materia de dignidades póstumas, fué escéptico perfecto, sin alardes ni desdén. Sus muertos eran todos iguales. Las combinaciones que ejecutaba, sus negocios con los estudiantes de medicina y las exigencias de las gentes que adoran las carroñas, solían ponerlo en aprietos momentáneos. Pero eso no lo arredraba. ¿Que faltaba el cráneo en algunos despojos reclamados por la solicitud empeñosa de algún estudiante deseoso de poseer un maxilar con todos sus dientes? ¡Pues con reemplazarlo por otro!...





Tal vez se confundieron, en algunas de estas combinaciones, los restos de dos enemigos mortales o, quizás, el chocar de algunos huesos, con un ruido duro y seco, remedó el beso que fué negado en vida!...

Tal era Juanín. ¡Ah, me olvidaba: tenía fama de gran bebedor!

El otro personaje posee rasgos personales no menos notables. Años atrás se lo conocía por "Pepe", a secas. Ahora responde al apodo de "Trabacapepe", desde que corrió de boca en boca cierta historia, entre picaresca y lastimosa, que aun hace morir de risa a los honrados vecinos del lugar.

Es un hombrecito de edad difícil de calcular, flaco, pequeño y, no obstante, resistente como caballo para el trabajo rudo. Su cara tiene algo de caduco, a pesar de las mejillas encendidas. Su expresión cándida como la de un chico asombrado armoniza con su vocalización laboriosa, muy desarticulada y dotada de una ligera quejumbre. Su expresión es el espejo de su mentalidad.

He aquí el origen de su apodo. El infeliz trabajó un tiempo de jardinero en casa de cierta señora, famosa por sus trampas. Todos los meses, con puntualidad llena de fe, el sombrero en la mano, confundido y humilde, llegábase ante la dama formulando, sin ira, la misma reclamación que repitió perseverantemente durante un año. Contaba con candidez y silabeando, a quien quisiera oírlo, el mismo diálogo monocorde:

—Bo-na tar-de, signora.

—¿Qué quieres, Pepe?

—¡Eh!... Viene per la mesada...

Y, en su jerga ítalocriolla explicaba él mismo a su auditorio las seguridades que le daba la señora sobre la garantía de sus mensualidades — promesas en las cuales recién comenzaba a desconfiar. Pero los oyentes no se daban por satisfechos hasta oír de sus labios el estribillo que ya corría de boca en boca, e insistían:

—Pero, ¿cómo te decía ella?

Y se miraban con picardía, conteniendo la risa. El contestaba, cándidamente:

—Y... me di-che-va: Tra-ba-ca, Pepe, tra-ba-ca; ¡que la prata e si-cura!

Entonces los presentes reían a carcajadas, y Pepe, por contagio, también. Una semana después todo el pueblo lo llamó "Trabacapepe", soldando en una sola voz las dos palabras.

En otras ocasiones lo hacían hablar de un amorío desdichado y lleno de ridículo con una morena obesa y brutal que, dos años atrás, hastiada por la miseria de su amante, lo había arrojado a golpes de su casa. Cuando se refería a las mujeres, y a aquella en particular, se transfiguraba. Lo hacían beber y le pedían detalles innobles que eran acogidos con grandes risotadas y, como siempre terminaba quejándose [illegible]lta de la únic[illegible] [illegible]ier que había conocido, lo consolaban diciéndo[illegible] día c[illegible] dinero y entonc[illegible] [illegible]arse. Todo [illegible] de "¡la plata c[illegible]

Un día, en un almacén vecino al cementerio, bebió con su paisano "Juanín", cuya salud por entonces flaqueaba visiblemente. "Trabacapepé", le narró su historia, que el otro escuchó con mucha gravedad. A su vez, habló "Juanín". Multiplicáronse los vasos. Uno de los bebedores lloró y, muy ebrios, se encaminaron al cementerio, provistos de una damajuana de vino tinto. Se detenían a cada veinte pasos, dejaban la damajuana en el suelo; entonces, uno de ellos tomaba al interlocutor de la solapa y le hablaba misteriosamente, junto a la cara, acompañándose de ademanes significativos. El otro lo miraba con grandes ojos y asentía con la cabeza; cuando, a su vez, le tocaba el turno, cambiábanse los papeles. Conversaban en voz baja, a pesar de hallarse completamente solos.

Casi de noche llegaron a la casa de "Juanín", separada del cementerio por una pared medianera. Es una pieza de ladrillo, blanqueada, sin revocar y, más que una habitación, parece, en la penumbra, otra pequeña necrópolis abandonada, tan rodeada está de trastos viejos de cementerio, lápidas, cruces, coronas descascaradas y amontonadas en profusión. Pero los hombres pasaron de largo; un poco más y se hicieron nítidos los grandes pilares que, como dos fantasmas blancos, guardan la entrada. La enorme puerta de hierro giró y los dos hombres, tomados de las agarraderas de la damajuana, avanzaron sosteniéndose mutuamente. A poco se perdieron en las sombras del camino principal, tan silencioso y sin vida como los frentes de las pequeñas construcciones que dan a él, dormitorios eternos, lúgubres y mudos.

"Trabacapepe" quedó definitivamente como peón de "Juanín". Así sellaron su amistad.

* * *

He aquí, reconstruído, el drama en que nuestros dos hombres habían sido actores:

El sábado, a eso de las once, "Trabacapepe" se disponía a asegurar en la cabecera de una tumba, rodeada de reja y repleta de flores, una de esas grandes cruces de antiguo estilo, cuyo brazo transversal, grueso y cilíndrico, lleva una chapa negra donde se escribe, en letras blancas y torpes, la leyenda, protegida por una lámina de vidrio.

Había sacado dos o tres paladas de una tierra negra, grumosa, rica, en la que la pala se hundía hasta el mango. Pero el problema que para "Trabacapepe" representaba la dedicatoria no le dejaba trabajar. Dejó clavada la pala y, echándose sobre la cruz, comenzó a deletrear como un niño:

—A la me-mo-ria de Ce-le-do-nio Mon-tes; su que-ri-do y a-man-te hi-jo...

En ese momento oyó la voz de "Juanín". Seguramente lo llamaba para pedirle el vino, que se había olvidado de poner a su alcance. El viejo enterrador acababa de caer atacado por una afección a los riñones. Ahora permanecía postrado y con una pierna y un brazo paralizados.

El peón, abandonando su lectura, se dirigió a la casucha vecina, y como el llamado se repitiera apremiante, para evitar el rodeo a que lo obligaba el camino mayor, saltó la pared medianera. Al caer al otro lado, se raspó la mano en un gran ramo de flores de latón pintado — remedo detestable de la naturaleza viva — duras y rígidas como los cuerpos a que están destinadas.

Por tercera vez oyó su nombre, mientras miraba su mano rasguñada. Le dió fastidio.

¡Oh, caramba! ¡El no tenía alas!

Una ligera inquietud lo asaltó. Desde hacía unos días notaba cosas extrañas en su patrón, a las cuales no había dado mayor importancia juzgándolas efectos del alcohol. Sin duda, había un cambio de carácter: brutalidad en las contestaciones, silencios hoscos... Un día lo había sorprendido describiendo curvas en el aire con el índice en alto.

—Qui está, Pepe. ¿Ma qué tanto apuro? Pepe ha tenuto que passare el muro.

Cuando se refería a sí mismo hablaba siempre como si se tratara de un tercero.

"Juanín", con un gesto, le ordenó que cerrara la ventana. Cuando le dirigía la palabra procuraba hacerlo — aunque sin éxito — en su idioma nativo. De sus confusos recuerdos sólo acertaba con una mezcla cómica:

—Viene cua.

Y como el otro permaneciera inmóvil, agregó, sordamente:

—Viene cua. Te lo dico.

El peón se acercó. "Juanín", sin dejar de mirarlo oblicuamente con cierto extravío, metió su mano derecha entre su camiseta rayada y la piel y extrajo, con misterio, un paquete amarillento. Eran billetes que puso frente a la mirada atónita de su peón. Iba al grano con decisión. Le parecía inútil perder tiempo en rodeos.

—Cincue cento pesi — le dijo en voz baja —. ¿Capite?

El otro hizo que sí con la cabeza, pero no comprendía nada de aquella escena. En su rostro se acentuaba su natural expresión de asombro. ¿A dónde iría a parar?

"Juanín" añadió, con voz temblorosa:

—Io sto malato. Sufro... Non posso piú... ¿Capite?...

"Trabacapepe" continuaba sin comprender. Como si le costara un gran esfuerzo. "Juanín" terminó:

—Cincue cento pesi. Tuto per te si me mata.

—¿Eh?...

Ratificó, poniéndole el dinero ante los ojos:

—Si tú me mata, tuto per te.

El peón retrocedió, asustado. Después recapacitó y le dijo:

—¡Tú sei borracho! — y se puso a reír.

El enfermo se enfureció:

—¡Ah, tú sei un vigliaco!

"Trabacapepe" tornóse serio y se acercó, muy conmovido:

—Pero..., ¿e certo lo que habete detto?

"Juanín" se puso a llorar... ¡El no estaba borracho, no!... Quería morir. Lo perseguían alucinaciones. En sus ataques oía que los muertos lo increpaban. ¡Le habían tomado rabia!... Y, en sus momentos de lucidez, temblaba de horror ante la locura definitiva que le aguardaba. La vida así le era insoportable; pero no tenía valor para matarse. Le suplicaba a su amigo, a su paisano, a quien había ayudado, que lo despachase de una vez, por compasión...

Cuando se enteró de lo que se quería de él, "Trabacapepe" quedó estupefacto. No sabía qué decir ni qué hacer. Por más que lo deseaba ni siquiera se atrevía a huir. Entonces empezó a mover la cabeza en señal de negación, como un niño terco. Repentinamente se irritó y juró.

¿Estaba loco? ¿Quería que lo metiesen preso como a un criminal? ¿Ese servicio se pedía a un amigo? Y volvía a jurar.

Pero el enfermo comenzó a tranquilizarlo. Eso ya lo tenía pensado y bien resuelto. Las cosas se harían sin comprometer a nadie. Y le explicaba su plan, muy bien combinado. A pesar de que su inteligencia venía flaqueando, en aquel momento recobraba bastante lucidez como para confundir al cerebro infantil de su peón. Todo el mundo creería en un suicidio, como en realidad era.

"Trabacapepe" no sabía argumentar, pero sí mover la cabeza con obstinación. En balde fué que le mostrara una carta para el comisario de policía en que declaraba, en grandes letras dibujadas, su decisión de matarse. Comprendiendo que nada lograría por el lado del sentimiento cambió de táctica; volvió a mostrarle el dinero y le dijo, dando a sus palabras un acento grotesco y sensual:

—Ascolta... aviete linda mochacha.

"Trabacapepe" se estremeció ligeramente. Su único y hondo recuerdo de los sentidos — siempre vibrante por ser único — pasó como un relámpago. "Juanín" se dió cuenta y volvió a tocar ese resorte que debía hacer bailar aquel muñeco manejable. Su afán le aguzó el ingenio. Y el hombre casto que había pasado su vida en la tarea doblemente lúgubre de enterrar hombres y centavos, tuvo fuerzas para hacer frases que tuvieron eficacia de evocación lúbrica. "Trabacapepe", trastornado, cedía, cedía, cedió...

...Desde su jergón, "Juanín" seguía con ojos hoscos los movimientos del peón que realizaba su plan. Encaramado en una escalera había atado a un tirante una delgada soga que, rematando por abajo en un lazo corredizo, oscilaba a dos metros del suelo. Aquellos dos hombres que se comunicaban por última vez, se entendían por gestos. El del jergón le dijo con los ojos: ¿Está listo? El otro respondió: ¡sí!, con la cabeza.

¡Lo qué costó para hacer trepar por la escalera a ese impedido con una pierna floja como la de un polichinela! Se caía como una bolsa al menor descuido. "Trabacapepe" sudaba por el esfuerzo y por el miedo. Encaramado ya "Juanín", púsose él mismo el dogal al cuello con el brazo sano, y, viendo que no podría mantenerse por mucho tiempo en equilibrio, le gritó, enloquecido:

—¡Va vía!

"Trabacapepe" salió aterrado. Apenas hubo traspuesto la puerta un estrépito que le pareció atroz le detuvo un instante, sobrecogido. Alcanzó a oír cimbrear la cuerda, como si fuera a estallar, y huyó.

Caminó muchas cuadras casi sin darse cuenta, aturdido como estaba por la emoción; grandes gotas de sudor corrían por su rostro; fué a sacar el pañuelo para enjugárselo, y su mano tropezó con un bulto — el dinero que le había dado "Juanín" —. Sintió un calofrío y un gran alivio. ¡Lo qué haría con aquello! Volvió a representarse la morena: ahora podría casarse con ella; pero, por el momento, le era imperioso beber, beber mucho; sentía hambre de alcohol. Presuroso, encaminó a "La Rosada".

★ CRIOLLOS PUROS ★

EN La Punta existía una cancha derecha con andarivel. Un bolichero armaba allí los domingos un tinglado de lonas: ponía debajo mesas y bancos para servir lunch campero a la sombra.

El paisanaje acudía encantado. Se armaban carreras de mayor y de menor cuantía.

Yo no faltaba. En reunión de paisanos se aprende filosofía integral, sin libros: distrae y enseña la ingeniosidad en las frases: símiles y alusiones comparativas, siempre oportunas y ajustadas. Hasta la taimería merece atención.

Hacía calor ese domingo.

Ninguna carrera se había concertado todavía.

Un oscuro grandote, mestizón, nervioso, hacía rato que caracoleaba con su monta. Estaba como reguero de pólvora que espera un fósforo.

El terreno allí lomeaba suavemente y el tinglado estaba en el alto.

—¿Qué's eso que viene allí? —preguntó uno señalando para el bajo.

Un paisano con un caballo del cabresto venía hacia la cancha.

Ya algo cerca se detuvo y pudimos distinguir un viejito seco de traza pobrona: barba rala y blanca como su pelo vinchado, sin medias y con alpargatas.

Nadie se animó a hacerle carrera.

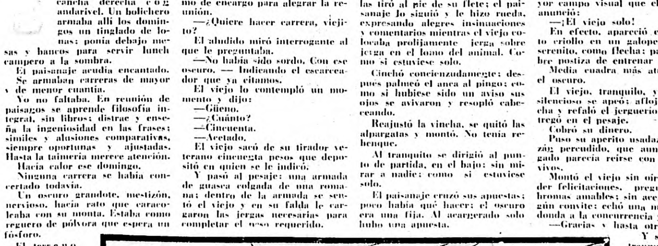
El caballito criollo de ley: pelo motoso de carnero: ejemplar muy raro: alazán descolorido. Caballito tranquilo, dándosela de pensativo; parecía convencido de la humildad de su dueño y le hacía juego. ¡Ah! pero caballito joven: mirada viva: disimuladas nerviosidades en la piel.

El viejo desensilló: refaló el aperito gastado y se dió a la operación de desembarrar su flete. Como si estuviese en un descampado y solo.

Del tinglado le llovían risas y alusiones que parecía no oír.

—Haciéndonos los graciosos y a lo mejor es sordo!...

[illegible] paisanaje se acercó a



Ni una palabra habló con nadie; como si estuviese solo.

El paisanaje se rió menos. El mutismo del paisano lo había desconcertado; y el caso le imponía respeto por la edad y la experiencia que ella endosaba al desconocido. En las ciudades todo eso se desprecia: ya le habría dicho algun *vivo*: "viejo de miércoles!".

No pidió corredor. Iba a correrla él mismo!...

aquella pareja singular, caída como de encargo para alegrar la reunión.

—¿Quiere hacer carrera, viejito?

El aludido miró interrogante al que le preguntaba.

—No había sido sordo. Con ese oscuro. — Indicando el escarceador que ya citamos.

El viejo lo contempló un momento y dijo:

—Güeno.

—¿Cuánto?

—Cincuenta.

—Acetado.

El viejo sacó de su tirador veterano cincuenta pesos que depositó en quien se le indicó.

Y pasó al pesaje: una armada de guasca colgada de una romana; dentro de la armada se sentó el viejo y en su falda le cargaron las jergas necesarias para completar el peso requerido.

Cargó con la pila de jergas y las tiró al pie de su flete; el paisanaje lo siguió y le hizo rueda, expresando alegres insinuaciones y comentarios mientras el viejo colocaba prolijamente jerga sobre jerga en el lomo del animal. Como si estuviese solo.

Cinchó concienzudamente: después palmeó el anca al pingo; como si hubiese sido un aviso sus ojos se avivaron y resopló cabeceando.

Reajustó la vincha, se quitó las alpargatas y montó. No tenía rebenque.

Al tranquito se dirigió al punto de partida, en el bajo: sin mirar a nadie: como si estuviese solo.

El paisanaje cruzó sus apuestas; poco había qué hacer: el oscuro era una fija. Al acargerado solo hubo una apuesta.

—¿Qué papita pa esponer sus pesos al rambullé?

—Que si el viejo no es loco va a ganar.

—¿Por qué?

—Después hablaremos.

Como la cancha tenía la meta en el alto, allí quedó la reunión.

El oscuro con sus arrancadas y nerviosidades hizo difícil la partida, pero al fin largaron.

Un muchacho subido a uno de los estacones del tinglado, con mayor campo visual que el nuestro, anunció:

—¡El viejo solo!

En efecto, apareció el caballito criollo en un galope tendido, serenito, como flecha: parecía liebre postiza de entrenar galgos.

Media cuadra más atrás venía el oscuro.

El viejo, tranquilo, y siempre silencioso se apeó: aflojó la cincha y refaló el jerguerío, que entregó en el pesaje.

Cobró su dinero.

Puso su aperito usadazo al alazán percudido, que aunque fatigado parecía reírse con sus ojos vivos.

Montó el viejo sin oír ni atender felicitaciones, preguntas ni bromas amables; sin aceptar ningún convite: echó una mirada redonda a la concurrencia y dijo:

—Gracias y hasta otra güelta.

Y se fué al tranquito.

—Pucha con el viejito!... Viene, nos saca la plata y, como si tal cosa, se va calladito!

—Hablar menos es valer más.

—Usté que jugó al carnero, va a decirnos por qué.

Todos rodearon al preguntado.

—Pero no vieron que eran criollos puros, indios!

—¿Y en qué se conocía?

—El viejo no usaba sombrero ni rebenque, y estribó descalzo. Luego a su edad sólo un criollo puro jinetea todavía.

—¿Y el percudido?

—Caballito criollo es un fogón tapao con cegiza.

—¿Dónde aprendió todo eso?

—Donde menos se espera se aprende, como a ustedes les pasa ahora. El viejo no habló porque el indio no se distrae ni oyendo ni hablando; el pueblerío mestizo es pura charla, para comerse unos a otros.

—Pero el viejo nos ha comido sin hablar.

—Ai está la lición. El oscuro se gastó en puras pavadas, mientras el alazán no alardeó lo que era: criollo puro; y se hizo valer!

—Si, pues.

Vicente Rossi